



HEREDERO DEL CUARZO

Daniel Antonio
García Sánchez-Rodas

HEREDERO
DEL CUARZO

HEREDERO
DEL CUARZO

Daniel Antonio García Sánchez-Rodas

HEREDERO DEL CUARZO

2021

COPYRIGHT DEL TEXTO © DANIEL ANTONIO GARCÍA SÁNCHEZ-RODAS, 2021.

CUBIERTAS: © DANIEL GARCÍA SAN JOSÉ, 2021.

ISBN: 978-84-09-30245-1

Reservados todos los derechos. En aplicación de las normas vigentes, queda prohibida la reproducción o la transmisión parcial o total de este libro, por cualquier tipo de procedimiento (mecánico, electrónico), sin la expresa autorización de la persona propietaria del copyright.

A mi familia y seres queridos.

PERSONAJES

Ánguelo: Trece años, tiene aptitudes que él mismo desconoce.

Ámbar: Guardiana de los minerales.

Cobalto: Secretario de Titanio y novio de Iridia.

Cristal de Roca: Amiga de Ánguelo.

Águamarina: Huérfana, abandonada por una tía cruel.

Iridia: Hija de Titanio.

Alfa Dinera: Líder de los que combaten a los minerales.

Titanio: Caballero medieval cíclope.

ÍNDICE

PRÓLOGO	15
AGUAMARINA	
CAPÍTULO 1	25
UN MINERAL SE HA FORMADO	
CAPÍTULO 2.....	31
LA BESTIA ACECHA	
CAPÍTULO 3.....	37
LA GUARDIANA	
CAPÍTULO 4.....	43
LA FIESTA	
CAPÍTULO 5	53
VERDADES COMO HIERROS	
CAPÍTULO 6.....	59
EL JARDÍN DE LAS ESTATUAS	
CAPÍTULO 7	65
LAS AGUAS TERMALES DE LA MUERTE	
CAPÍTULO 8	75
LA ACADEMIA	

CAPÍTULO 9	83
LA PROFECÍA	
CAPÍTULO 10.....	93
COBALTO APUNTA MANERAS CON UNA HIDRA	
CAPÍTULO 11	105
IRIDIA, FARAONA DE LAS CATACUMBAS	
CAPÍTULO 12	113
EL REENCUENTRO	
CAPÍTULO 13	119
ANGUELOSAURIO: EL DESPERTAR DEL CRETÁCICO	
CAPÍTULO 14.....	133
LUJO EN EL JUICIO FINAL	
CAPÍTULO 15.....	147
LO QUE QUEDA AL FINAL DE UNA AVENTURA	

Es coraje el Universo
Es victoria dominarlo
Y todavía faltan versos
Para poder silenciarlo

PRÓLOGO

AGUAMARINA

1890

Querido Diario:

Muerte era la palabra que definía la mansión. En aquel alejado pueblo del Norte donde los lugareños presenciaban los horrores del mundo y los ancianos rezaban por el fin de sus tragedias, los marqueses de Racknavok decidieron construir su gran palacio de obsidiana. Y es en aquel recóndito lugar, alejado de alegría y felicidad donde optaron por retirarse.

La casa estaba distante de la aldea lo suficiente para tener intimidad, pero sin necesidad de prescindir de los gritos y llantos de sus queridos vecinos. Era una gozada vivir en aquella armonía donde siempre llovía y

Herederos del Cuarzo

nunca se pasaba del invierno. Los pájaros no cantaban, las flores no crecían, la amargura brotaba de las frías piedras... Había algo triste en aquel lugar.

Los marqueses pasaron su vejez intentando destruirla, gastaron casi toda su fortuna en apagarla, pero esta se colaba en sus grandes salones de plata, en sus dormitorios azabaches, en el nicho familiar del gran y seco jardín del que solo brotaban árboles muertos: la Esperanza. Los marqueses enfermaban cada vez que se expandía por la aldea. Poco a poco crecía, los llantos cesaban, la nieve se derretía, mas fue cuando la primera rosa brotó de la casa cuando la mansión perdió la vida, llevándose a los marqueses con ella. La morada permaneció en pie tras la tragedia. En aquel pueblo noruego del que las desgracias no habían desaparecido quedaba una prueba de su amargura, convertida en muerte estructurada.

Con frecuencia me acercaba hasta la mansión porque sentía algo que me atraía. Había rumores... Una herencia maldita, eso es lo que aseguraban. Pasó mucho tiempo hasta que un familiar se atrevió a entrar en la

Herederero del Cuarzo

casa. Seguía siendo fría y sombría. Un lugar donde vivían las pesadillas. El heredero en aquel momento era un primo cuarto de la marquesa. Un hombre de negocios con más deudas que canas. El mercader esperaba poder vender su herencia, pero cometió el error de quedarse en la mansión, pues no podía permitirse ni el más horrendo hostal. Y al día siguiente apareció muerto en la pequeña sala de música presuntamente asesinado por un ataque de oso, lleno de arañazos y mordiscos, desangrado. Y empezó a correr el rumor de que una criatura maldita recorría la morada en busca de un tentempié al que devorar. Un monstruo horroroso que no quería que nadie entrara en su palacio de terror. Esta bestia consiguió hacerse legítima heredera sin pisar siquiera un juzgado y, a pesar de nunca haber sido vista, la mansión quedó otra vez cerrada con una orden de alejamiento a todos los vecinos. Cuentan que por las noches se podía distinguir un cuerpo humano, unos dicen que era el fantasma de la marquesa que velaba por su querido asesino. Otros opinan que era la criatura. Una mezcla endemoniada entre un lobo y una mujer con colmillos y garras. Nadie volvió a

Herederos del Cuarzo

entrar en la casa y los pocos temerarios que lo intentaron están desaparecidos o los encontraron devorados.

Yo no me creía que un monstruo horroroso viviera allí. Había entrado varias veces en el jardín y parecía un lugar tranquilo y silencioso, pero aquel día fue la primera vez que osé cruzar el umbral buscando refugio. Los pasillos crujían y se repetían llantos incesables. Vi marcas como de garras y restos de sangre. Pero cuando sentí que algo me escudriñaba desde las sombras salí disparada. La oscuridad avanzaba y siseaba una fragancia altamente espeluznante. En ese momento idóneo para desaparecer la luna llena se retiró tras las oscuras nubes del cielo nocturno. Ni siquiera se oían los ululares de los búhos en los alrededores.

Y ahí estaba yo, perdida en aquel bosque tan profundo con la única compañía de las sombras cuando mi lugar debería haber estado en mi habitación del internado donde mi única pariente viva, la tía Margaret me había enviado hacía mucho tiempo. Al no tener padres, ella se hacía responsable de mi educación contra su voluntad, todo hay que reconocerlo. Siempre decía que

Herederero del Cuarzo

yo era un gasto innecesario y que no veía el momento de mandarme a paseo. Mientras tanto me alejó todo lo que pudo de ella enviándome a un lejano y apartado internado para jóvenes problemáticos o algo parecido. Mi tía era tan rica que creo que ni siquiera sabía lo que tenía. Eso sí, todo lo que no poseía se lo sabía de memoria. Cuando la conocí ya era muy mayor. Tenía los cabellos más blancos que el marfil y unas arrugas de lagarto. No podía sostener más de medio minuto una taza de café sin que se le derramara y con el mal genio que tenía, toda buena obra hacia ella te borraba automáticamente de su testamento.

El lugar donde me trajo no estaba tan mal. Tenía un jardín enorme de igual tamaño que la biblioteca que era inmensa y un aulario mejorable, aunque mi dormitorio era precioso. Digamos que podría haber sido el paraíso para muchos, pero con mi decimosexto año recién vivido me parecía una especie de matadero sobre todo cuando mi profesora de letras, la señorita Esther Sol-Her, me trasladó un mensaje de mi querida tía Margaret: «mi dinero para ti se ha acabado. Pero no te preocupes Muffin de Chocolate, el heredero gatuno, necesita una

Herederero del Cuarzo

doncella personal y si te presentas antes de una semana el trabajo es tuyo». Nada más terminar, hice mi macuto. No para ir a limpiarle la cajita de arena a un gato engreído, sino para dejar de depender de mi horrible tía y del estúpido minino de chocolate. Antes de la fuga robé un poco de comida de la cocina. Era muy tarde cuando crucé la salida del internado. Para mi alivio y sorpresa nadie se opuso a mi huida.

¡Cómo iba yo a adivinar que horas después estaría en mitad de un bosque aterrador huyendo del espectro habitante de una mansión abandonada!

Me encontraba totalmente perdida, así que me acurruqué bajo un árbol y a los pocos minutos me quedé traspuesta y cuando me desperté aún no había salido el sol, pero los pájaros cantaban alegremente entre los árboles. Percibí que alguien me estaba observando. Me giré muy lentamente, pero no vi a nadie. Por si acaso eché a correr y acabé a la orilla de un lago. Exhausta inhalé un poco de aire y me empapé la cara de agua helada para quitarme el sudor que me brotaba. Un escalofrío me recorrió el cuerpo: sentía que algo muy

Herederero del Cuarzo

grande se alzaba a mis espaldas. Detrás de mis hombros divisé lo que tanto temor me irradiaba. Una ¿mujer? con unas extremidades demasiado prolongadas y un rojizo cabello que parecía fuego en llamas, me miraba con unos penetrantes ojos azules. Tenía una mueca de alegría en su rostro que camuflaba unos puntiagudos colmillos amarillos. Con unas afiladas garras en vez de uñas me desafiaba en un duelo mortal del que no creía poder salir bien parada.

Instintivamente me agaché y recogí un palo. No esperaba que me sirviera de mucho, pero no tenía gran variedad armas para elegir. Para mi sorpresa, el palo empezó a aumentar de peso hasta convertirse en un hacha muy afilada. La cuchilla era sostenida por dos ramas de nogal que se estremecían formando una empuñadura y en ella unas letras se formaron: **vicus heredis**, pero desconocía su significado. El monstruo era muy ágil y esquivaba mis golpes. Yo me defendía como podía de sus uñas acuchilladas. Tras una prolongada lucha mis fuerzas mermaban. Mi voluntad se desprendía con el sudor que chorreaba mi frente. No podía más. La criatura que parecía más activa por momentos aprovechó

Herederero del Cuarzo

la ocasión y me rajó la camisa de un zarpazo. Su garra rozó levemente mi cuerpo, dejando una herida cicatrizada. Con mi último aliento me armé de valor y le tiré mi hacha. No sirvió de nada. Mi poca puntería la desvió hacia un extremo de mi objetivo.

Empecé a reírme como una loca de la situación. Por lo menos esperaba que mi único familiar se pudriera en la cárcel con su heredero felino tras mi muerte por haberme abandonado. Me engañaba a mí misma. Mi malvada tía buscaría testigos corruptos que la librarían de cualquier pena con una firma sobornada. Pasaría a ser un vago recuerdo de este mundo que me olvidaría rápidamente. Mi sarcasmo cesó de golpe. ¿De veras iba a dejar que un monstruo me abominara aquel día? Cerré los ojos. Mi derrota era inevitable.

Un sonoro disparo se manifestó. Noté una punzada en el estómago. Aún podía salir viva de aquella encrucijada. Miré hacia el lugar de donde procedía el sonido. Pude ver tres cuerpos. Uno se elevaba en medio de los otros. Oía unas palabras en un idioma extraño, presentí que eran almas buenas, pero no estaba segura. Y

Heredero del Cuarzo

luego me desmayé. Aunque había sobrevivido sabía que desde ahora mis días estarían contados. Había ayudado a los minerales guardando un gran secreto, sabía demasiadas cosas y Alfa Minera finalmente había dado con mi rastro.

¡El diamante lo decidirá todo!

CAPÍTULO 1

UN MINERAL SE HA FORMADO

Fue un martes soleado. Ángelo era muy pequeño. Solo conocía el viajar a tierras lejanas, donde en recónditos lugares geodas y estalactitas deslumbraban los sentidos.

Meterse en cuevas oscuras no le daba miedo. Estaba con ella, su madre. Una geóloga, soltera, más dura que todas las piedras que sacaban de sus expediciones. Pero ese día fue distinto. EL bebé gateaba muy deprisa... Pum. Cayó al suelo de bruces. Su madre fue a socorrerlo, pero era demasiado tarde. El niño se había clavado en su frente el trabajo de su madre: un mineral; un cuarzo lechoso. Los médicos de aquel recóndito lugar solo pudieron pulirlo. Su madre lloraba de tristeza. Pero el niño seguía respirando.

Herederero del Cuarzo

Hoy, trece años más tarde, estaba en un carruaje azabache intentando a duras penas contemplar los inolvidables paisajes de las tierras nórdicas locales. Un sinuoso silencio brumaba en los alrededores. Casi parecía que los majestuosos caballos negros que cruzaban aquel oscuro bosque fueran manejados por el viento y frenados por la lluvia, pero Ángelo había visto de reojo ya varias veces a dos extravagantes cocheros en el pescante que vestidos con traje y chistera se comunicaban uno con el otro mediante señas.

Ángelo se acomodaba en un asiento rojo debajo de una pequeña lámpara. Tenía todo el espacio para tumbarse, pero solo ocupaba uno muy pequeño y eso a pesar del cansancio que de él se apoderaba, pues había tenido que salir al alba con una maleta desvencijada y su diario vacío. Esperaba escribir todas las aventuras que viviría con su tía abuela —de cuya existencia nada sabía hasta hacía bien poco— en la aldea lejana donde con siete u ocho vecinos más ella envejecía. Pero no esperaba muchos desafíos y misterios que no fueran más allá de un pequeño robo a mediados del otoño, pues el lugar era remoto y frío. El médico solo curaba los miércoles y los

Herederero del Cuarzo

viernes solo podías entrar en la biblioteca. Las cascadas se estampaban en las rojas y marrones hojas otoñales y las piedras gigantes del camino parecían pequeños retoños dormidos durante la estación. Pero tras la muerte de su madre todo le daba igual...

Un rayo iluminó el cielo y provocó un leve chirrido en las ruedas. Los cocheros de traje y corbata, extranjeros y aparentemente mudos, parecían surfear las riadas provocadas. De repente el carruaje frenó. Uno de los hombres informó a Ángelo de la situación:

—Señor, árboles cortan camino, pueblo no muy lejos de aquí, muy aislado de gente. Es a dónde vamos señor. ¿Desea tomar rumbo? ...otra carretera coger, no morir congelados —dijo costosamente.

De repente se oyó un rugido entre el barullo de la tormenta.

—Sir Mateo, creo, oso no muy lejos. Yo oír —dijo el otro y joven cochero.

—Cállate Mirko —reprochó su longevo colega—. No haber osos en este lado camino, osos estar en... —

Herederero del Cuarzo

No pudo acabar la frase. Un bulto negro se le abalanzó y lo arrastró consigo a la oscuridad del bosque.

—¡Sir Mateo! —Mirko chilló ahogadamente. Miró al pasajero como si fuera la causa de sus problemas, pero al mismo tiempo un arma letal.— ¡Oso volverá después acabar con sir Mateo, hay que huir! ¡Desengancho caballo, no creo eso era oso corriente!

Mirko pronunció en silencio una oración por su amigo extranjero sir Mateo y subió como pudo con Ángelo a uno de los cuadrúpedos. Cuando salieron de la carretera e iniciaron el trote entre los árboles del bosque empezó a formarse una niebla entre los abetos que podría haber ocultado el cuerpo de sir Mateo, pero encontraron lo que quedaba de sus restos más adelante. Mirko empezó a llorar y Ángelo presentó sus respetos al difunto a medida que desaparecía de su vista.

—Sir Mateo iba a jubilarse hoy —dijo amargamente Mirko.— Era su último viaje, solo hay que llevar al niño a pueblo, me dijo. Ojalá oso cogermé a mí. Él me enseñó todo y ya no soy nadie ahora que ya no está —gemía desconsolado.

Herederero del Cuarzo

Posiblemente fueran imaginaciones suyas, pero Ánguelo pareció notar que el aura de Mirko brillaba con un color lima. ¡No...! ¡No eran imaginaciones suyas! ¡Mirko era fosforescente!

—¿Mirko? —preguntó—. ¿Estás....? —El extranjero no pudo contestar, entre la niebla se les apareció sir Mateo. Parecía mejor que nunca, a pesar de sus cicatrices.

—¡Qué alegría me da verlos a ustedes! —dijo esta vez sir Mateo sin trabarse la lengua.— ¡Me agrada por fin encontrarles sir Mirko Florita y sir Ánguelo Cuarzo lechoso! ¡Sinceramente no es buena mañana para perderse con la niebla y la lluvia! Permítanle a un servidor llevarlos hacia un refugio abandonado. Hay quienes ansían conocerlo señor Cuarzo lechoso. ¡Será un honor para todos!

Mirko seguía brillando en la niebla y Ánguelo estaba cada vez más confuso. Además de habersele puesto el pelo blanco de repente tras haber emprendido un viaje para pasar una temporada con su tía no sabía cómo

Heredero del Cuarzo

había acabado con un fosforescente extranjero y un sir
Muerto viviente.

CAPÍTULO 2

LA BESTIA ACECHA

Mirko y Ánguelo siguieron a sir Mateo que corría más que el caballo y se adentraron en una ciénaga pantanosa. Si no fuera por la cálida lima que desprendía Mirko, Ánguelo no hubiera podido ver nada entre el follaje y la dichosa niebla. Mirko parecía nervioso y preocupado mil veces, igual que Ánguelo. Tan solo sir Mateo estaba a sus anchas. Saltaba pegando brincos y más brincos.

Mirko fue el primero en darse cuenta de lo que se les venía encima y tiró de las riendas del caballo para intentar retroceder, pero no hubo manera porque empezaban a hundirse poco a poco en el barro.

Mirko dejó de brillar y empezó a enfriarse, volvía a ser el cochero de siempre, pero al quitarse rápidamente los guantes y remangarse la camisa, Ánguelo vio una

Herederero del Cuarzo

pequeña fluorita en su muñeca que parecía estar insertada en su fina piel. Ojalá el día mejorase y poder olvidar lo sucedido como una mala anécdota que transcurridos muchos años solo sería un tema de risas. Pero cuando Mirko se tiró del caballo y se lanzó al ataque, Ángelo supo que tardaría algunos días antes de poder hablar sin palidecer. Mirko sacó un puñal de su bolsillo y empezó a luchar contra sir Mateo, cuya apariencia humana se había desvanecido dejando al descubierto una criatura monstruosa, mezcla de oso descomunal, pantera negra, culebra, cabra y lobo... Una mezcla de todo lo peor de cada animal, una pesadilla hecha realidad. Tan solo los colmillos de la bestia duplicaban el tamaño de los brazos de Ángelo y le provocaba quemaduras en la piel cada vez que brillaba cegándolo constantemente. ¿Sería Mirko rival para esa cosa horripilante?

La bestia era un monstruo, uno con un óvalo marrón en la frente. Ángelo no lo sabía entonces, pero se trataba de un mineral que se había pasado al lado oscuro. Un engendro que había vendido su piedra por un trozo de madera brillante. Mirko le pegaba puñetazos con

Herederos del Cuarzo

una temperatura de volcán y la criatura respondía con mordiscos al aire y zarpazos donde podía.

Ángelo paralizado por el horror no sabía qué hacer y temía que Mirko acabase finalmente por cansarse y no aguantara mucho más... Y, en efecto, sin previo aviso la bestia acabó con la pelea, devoró a Mirko de un bocado y no pareció satisfecha. Miró a Ángelo paralizado junto con el caballo en el barro y se relamió.

Si un verso recordaba Ángelo en aquel inoportuno momento era el que su madre soltera siempre le recitaba todas las noches:

«Vibrar últimos músculos ante la estocada.
Reír último aliento del maltrecho guerrero.
Toma en mano la feroz y pequeña daga
y deja tu honor y gloria a tus herederos.»

Ángelo empezó a enfriarse. Cuando Ángelo tenía una emoción muy fuerte se enfriaba hasta tal punto que sus brazos se volvían blancos como la nieve. Pero no había duda de que la congelación de toda una ciénaga, como ahora estaba ocurriendo, eran palabras mayores. El monstruo se tambaleó en el fino hielo súbitamente

Herederero del Cuarzo

impactado por una luz relampagueante y cayó explotando a la par que de sus entrañas salía disparado Mirko, convertido en una supernova que echaba humo y dejando al monstruo hecho puré.

—Partamos al poblado, tu destino, creo que hay por allí...

Llegaron por la tarde al lugar, malheridos y moribundos. Mirko parecía agotado después de la gran lucha. Ángel solo quería descansar tranquilo, pero sus pensamientos seguían fijos en torno a la bestia que había mimetizado a Sir Mateo y casi los mata en la ciénaga ahora convertida en duro hielo. El terror se manifestaba en los viajeros con escalofríos.

Hacía mucho que nadie visitaba el lugar pues las telarañas y la mugre no argumentaban lo contrario. Ángel se preguntaba que le habría ocurrido a esa pobre gente y que era eso que... ¡Dios mío! En la plaza del pueblo una niña pequeña jugaba con una calavera. Era una imagen desgarradora y nefasta, psicópata e inhumana. Mirko empezó a correr con Ángel de la mano. Doblaron muchos callejones para salir de allí.

Herederero del Cuarzo

Llegaron a la posada «el Edén del viejo» que parecía haber agonizado y podrido hacía siglos, pero la cosa cambió por completo en su interior.

Sin poder explicar el lugar los dos viajeros contemplaron lo que parecía el paraíso: sillones masajeadores, videojuegos arcade, cines 3D, restaurantes, dromedarios, elefantes, bailarinas, tragafuegos... Música, sobre todo había música monótona e hipnotizadora. También había gemas y minerales en vitrinas y estantes. Muchos y muchos minerales... No sabían cómo, pero acabaron en dos «pufs» con unas bebidas que les hicieron entrar en calor. Comieron, jugaron al bingo y ganaron un coche...Pero justo entonces Ángelo recordó a la niña de la calavera. Intentó preguntar a los demás huéspedes o trabajadores, pero parecían sordos, mudos y ciegos porque nadie le echaba cuenta. Se movió por todas las salas de fiesta que pudo preguntando. De vez en cuando se distraía con bailes de salón o un entretenimiento nuevo que probar. Legó a una sala. Era arcaica y mohosa. Tan solo había una gran lámpara que en su día fue de fiesta. Y las escaleras que subían hacia arriba... Daba miedo lo que

Heredero del Cuarzo

podía dar a conocer, pero Ángelo decidido a subir, se encaminó hacia lo inexplorado.

CAPÍTULO 3

LA GUARDIANA

Ángelo no se extrañó que la habitación diera paso a un dormitorio. En el centro se hospedaba una vieja y roída cama de matrimonio de madera podrida y sábanas sucias y, frente a esta, una colosal vitrina con artilugios de museo que en sus días fueron cotidianos artefactos. Y en una esquina la niña sentada en un tocador con el espejo roto cepillándose el pelo, y junto a ella mirando fijamente a Ángelo estaba la calavera. La niña parecía sacada del siglo XIX con su vestido blanco agrisado negro y sus botitas a juego. La cabeza recogida en un pañuelo de seda y solo sobresalían dos mechones de un rubio anaranjado.

Se deshizo en el polvo de la habitación y la calavera le siguió.

Herederero del Cuarzo

Había en un rincón un baúl y encima de su tapa dormían viejas fotografías en blanco y negro. Una de un grupito de chicos impresa en papel arrugado que rezaba: «Academia discípulos del cristal 1891». Y otra donde se veía a un chico muy alto de espaldas parando un balón que decía: «Titanio (polideportivo de la Academia discípulos del cristal 1892)».

Por último, un pequeño recorte de un periódico de 1892 cuyo titular informaba: «Grupo de jóvenes desaparecidos en una cueva».

Dentro del baúl reposaba una vieja bolsa de cuero y cuando la abrió descubrió en su interior un hacha. Dos finas láminas de hierro con forma de media luna entrelazadas por un mango de goma que aparentaba cuero. En un borde con letra dorada rezaba: **vicus heredis**. No tenía ni idea de qué significaría aquello que le sonaba a latín pero visto como se estaban desarrollando los

Herederero del Cuarzo

acontecimientos decidió cargar con el hacha y su bolsa; mejor estar prevenido.

Una sombra fue lo que sintió Ángelo antes de que esta le apuntase con una cerbatana. Era una joven extravagante con botas marrones, unos pantalones a juego, un jersey verde y un chaleco sin mangas muy gastado. Su pelo curvo era marrón como la leña, con unos tintes verdes brillantes como las estrellas y sus ojos negros se diferenciaban entre tantas texturas. Era una chica menuda pero claramente ruda y fuerte.

—Me llamo Ámbar, hace mucho que te esperábamos... Me temo que estás en peligro joven cuarzo. Debes venir conmigo.

Ángelo empuñó el envoltorio con el hacha que aun llevaba en su mano. Empezaba a sentir una descarga de adrenalina poco frecuente en él.

Herederero del Cuarzo

Un carácter muy frío, pero con un fuego ardiente en su interior.

—¿Quién eres tú? —preguntó con un poco de miedo.

—Ámbar, ya te lo he dicho. Soy una guardiana. Aquí no estás a salvo. Mi deber ahora es transportarte con los tuyos, pero solo puedo hacerlo desde lugares con una especial concentración de minerales. Mirko Fluorita vigilará la retaguardia.

—¿Por qué dices que estoy en peligro? —preguntó Ángelo sin poder tranquilizarse.

—Son tus orígenes cuarzo, una rama de grandes guerreros y valientes héroes de guerra. Todos dieron su vida por la paz de nuestra estirpe. Cuando caiga el último de tu familia, estaremos perdidos.

Herederos del Cuarzo

—Pero yo no tengo familia —respondió enlagrimado.— Y deja de mofarte de mi frente; fue un accidente de pequeño. Mi madre estaba mal de la cabeza. Un día desapareció en una cueva, allá en Brasil.

—No le quites el honor a tu madre ni a tus antepasados. Todos cayeron a manos de Alfa Minera por el mismo motivo: de una forma o de otra tienen algo de diamante, como tú, en su interior. —De repente sonó un crujido de la parte de abajo.

—Salgamos, Ángel.

—Pero, ¿cómo sabes mi nombre...?

Cuando salieron de la sala, el asombro inundó a Ángel. Donde antes había gente bailando y disfrutando, ahora solo había polvo y esqueletos siniestros. El coche que Mirko y Ángel habían ganado se había transformado en escombros.

Herederero del Cuarzo

Parecía que todo había envejecido unos cuantos siglos, hasta la decoración era diferente.

Ámbar, con una expresión de póker, sacó su cerbatana y apuntó a la salida. Ángelo seguía aferrado al hacha guardada en su envoltorio, lo único sólido en un mundo que ya no reconocía.

CAPÍTULO 4

LA FIESTA

—Siento el mal en este pueblo —dijo Ángelo sin ironía mientras avanzaban a través de calles ahora desiertas.

—Normal —contestó Ámbar.— Debes saber que en este pueblo se estrenó «la melodía de la muerte».

Ángelo no daba crédito a la historia que Ámbar le contaba en susurros mientras atravesaban el fantasmagórico pueblo:

«...una serie de notas que un músico poco a poco había recopilado. Hacía años que no podía componer nada parecido a la magnífica melodía que tenía en sus manos y que iba a estrenar en breve en el Palacio de la Música. Pero el precio... Detrás de cada nota había un crimen. Una fechoría tras otra, cada vez más arriesgada.

Herederero del Cuarzo

Un día, junto al río vio a una niña pequeña que intentaba llenar una botella. Llevaba ropajes medievales, algo que extrañó al músico. La niña lo miró pícaramente, le dijo que estaba perdida y le pidió que la llevara al pueblo que desde allí se divisaba. Pero cuando llegaron el pueblo estaba abandonado. Aún se veían las casas intactas cubiertas de telarañas, que parecían tener medio siglo. La niña le acompañó a un hotel de mala muerte. La única habitación que había parecía de hace cuatro siglos aunque estaba impecable.

—Te traeré un caballo mañana al alba, pero tendrás que quedarte aquí el resto del día. Puedes moverte todo lo que quieras por la aldea. Pero cuando anochezca, echa el cerrojo. Los bandidos suelen aparecer a esa hora y son de los que no tienen piedad. Por nada del mundo salgas de la habitación.

El músico no tenía curiosidad por pasear por un pueblo abandonado, pero sí le prestó especial interés al piano que había en la diminuta habitación. A pesar de sus años parecía que nunca lo hubieran estrenado así que decidió tocar la música que tantos horribles crímenes le

Herederero del Cuarzo

había costado. Empezó a tocar y a tocar y sin saberlo ya había oscurecido. Se le había pasado por alto echar el cerrojo, pero no podía parar de tocar. Llamaron a la puerta. El hombre estaba asustado y por algún motivo que desconocía no podía parar de tocar.

Decidido a abrir la puerta, el hombre desenganchó los dedos del teclado y aun moviéndolos en el aire abrió la puerta como pudo. Pero allí no había nadie. Anduvo unos cuantos pasos en la oscuridad del pasillo. Salió a la calle donde parecía que hubiera una verbena. Las casas derrumbadas y las telarañas parecían haberse esfumado. Una gran muchedumbre reía y bailaba al son de cánticos de muchachas. Una en concreto se fijó en el hombre. Le guiñó un ojo y este se sonrojó. En el escenario apareció un hombre regordete y bajito, parecía ser el alcalde.

—Pueblo nuestro que jolgorio esta noche nos brinda. Cual ternero en el castillo lo miman frente a su familia en corral. Caballeros y doncellas de lejanas aldeas vecinas, escuchen la melodía que hoy nos enseña el músico aquí presente, nuestro invitado —dijo el mayor a la algarabía.

Herederero del Cuarzo

¿Cómo? Nadie lo sabe, pero el músico acabó frente al piano, encima de un escenario. Empezó a tocar y a tocar... No podía parar.

La gente aplaudía maravillada. Nadie conocía esa música tan moderna. A la mañana siguiente el músico se despertó en su propia cama ¿habría sido todo una pesadilla? El día del estreno de su partitura, cuando comenzó a tocar la canción que al pueblo tanto le había gustado se convirtió en carne de abucheos y le acusaron de plagio, pues la obra era de un compositor medieval anónimo que triunfó en una pequeña aldea a pocos kilómetros de la ciudad. El músico estaba indignado y horrorizado.

—¿Saben cuántos crímenes he cometido para terminar mi obra, cuánta gente he matado y mi sangre las manos manchado? Esto es un ultraje. Es mi música, mi melodía...

En ese momento detuvieron al criminal músico. Ingresó en un centro psiquiátrico a las afueras de la ciudad. Una noche golpearon su puerta que sorprendentemente estaba abierta. Después de esa noche

Herederero del Cuarzo

nunca se supo más de él, pero hay un óleo antiguo en el museo de la villa; uno donde un hombre toca un piano frente a un pueblo que ríe y baila...»

Escuchando semejante historia Ángelo ya no caminaba, sino que volaba y aunque todo su afán era dejar al pueblo atrás, Ámbar no dudó en dirigirse, dando un rodeo, hacía un caserón de las afueras y haciéndole una señal con la mano para que se detuviera, ella abrió la puerta de un puntapié, y entró. Pasaban los minutos y no salía. Pronto amanecería. Ángelo decidió entonces entrar en la casa, pero por precaución sacó el hacha de su envoltorio.

Cruzó el porche y dio a un salón barroco y en una esquina las escaleras daban a una habitación infantil femenina. Con peluches y fotos de la que reconoció como Ámbar. Ahora todo tenía y carecía de sentido. Ámbar apareció. Llevaba un blusón blanco. Descalza y sin su ballesta parecía una niña tranquila y ensoñada. Pero ahora era sorda, muda y ciega ante los fallidos intentos de conversación de Ángelo. Éste empezaba a preocuparse.

Herederero del Cuarzo

—¡Ámbar! ¡Ámbar! —Por más que insistía no respondía. La mente de ella seguía consciente, pero estaba como en otra realidad, en el día en que se acercó a la playa:

«Era una mañana nublada. La joven llevaba su polar blanco sobre la arena. Correr era muy duro en esas condiciones meteorológicas, mas nadie podía hacer nada para evitarlo. El crepitar de las olas rompiéndose en el espigón rocoso amortiguaba las pisadas de Ámbar. La marea rugía fuertemente en los alrededores, la bandera roja aguantaba a duras penas sujeta al mástil. La cuestión era que el día comenzaba bochornoso.

Un ruido se hizo notar en la playa: una canción. La corredora se había quitado los auriculares. La música era monótona pero hipnotizadora. Ámbar se había parado en seco. Su corazón latía cada vez más rápido. Su mente empezó a colapsarse. ¿Qué veía? Nada. Nadie. Estaba sola. Sola... Y se desplomó en la arena. La deportista estaba consciente, pero su cuerpo no reaccionaba... En cuestión de minutos la marea la arrastraría hasta su fin.

Herederero del Cuarzo

Un ruido... Un ruido más monótono que la música sonó. La asesina lluvia. Su cuerpo le decía que pidiera socorro. No podía gritar... Yacía aturdida en el suelo. Un susurro salió de su boca: “socorro”, pero era inútil, el viento lo camuflaba. Ámbar probó otra técnica, empezó a arrastrarse hacia una duna. Después de tanto entrenamiento y no era tan siquiera rival para un caracol...

Sintió algo helado: agua. El mar la estaba alcanzando. Parecía que la duna estuviera cada vez más lejos. Intentó pedir ayuda otra vez: “so... Socorro”. Era inevitable. El agua ya la estaba arrastrando. Lo intentó una última vez: “¡AYUDA!”. Vio una sombra. ¿Sería su imaginación? De repente el mundo flotaba ante ella. Su cabeza daba vueltas. Podía estar muriéndose, pero ella no lo creía. Parecía estar en un limbo momentáneo, pero ya no tenía frío.

Sentía un calor inmenso. Era como estar al lado de una chimenea. Entonces empezó a darse cuenta que respiraba. Su corazón latía, tenuemente, pero lo hacía. Sus sentidos empezaban a manifestarse. Sus ojos

Heredero del Cuarzo

empezaron a abrirse... Amarillo. Estaba sentada en un sofá amarillo. En una mesita auxiliar olió lo que parecía un desayuno. Y sintió el calor de la estufa, que estaba en frente suya. Ruido.

Colgada en la pared blanca, estaba una televisión plana. Todavía no podía escuchar bien lo que oía. Miró el suelo de imitación a madera. Intentó levantarse. A duras penas se irguió. Dio un paso. Le sucedió otro. A pesar de todo, era un gran esfuerzo para ella. Detrás del sofá parecía ubicarse una cocina americana. Tenía su barra con taburetes y era amplia. Estaba impecable. Entonces el miedo la irradió. ¿Dónde estaba? ¿Qué le había sucedido? La televisión pareció entenderla: “pasan tres días desde la desaparición de una joven corredora...” “Se desconoce su ubicación actual...” “El equipo de rescate ha hallado su teléfono móvil en una playa de las afueras...” “Expertos afirman que fue arrastrada por la corriente marina, ya que ha quedado destrozado”.

Ámbar sintió una punzada en el estómago. ¿Estaría secuestrada? Su instinto le dijo que huyera, pero no encontraba una salida. Miró por la ventana. Se

Herederero del Cuarzo

encontraba a más de ocho metros de altura. Un escalofrío le recorrió el cuerpo. Una leyenda que desde pequeña la había aterrado. Una pesadilla en papel... Algo más que un cuento para no dormir: Ámbar siempre había oído los rumores de gente que había desaparecido en la playa, secuestrados por el farero del pueblo. Un avaricioso, tacaño y egoísta viejo que de vez en cuando buscaba compañía. Pero resulta que el farero guardaba un secreto atroz y al final se desahogaba con sus víctimas que siempre acababan esfumadas del globo. La deportista sabía que el faro estaba abandonado, que el último farero murió hace años y que ahora era un monumento turístico al que solo había que admirar.

Un ruido retumbó en los oídos de Ámbar. Unas pisadas que habían salido de la nada. La corredora se giró muy lentamente, pero no vio nada. Algo se abalanzó hacia ella. Un grito ahogado salió de la boca de la chica que cayó al suelo. Entonces visualizó a su agresor. Era una mujer arrugada con el pelo recogido en un moño y cubierta con un abrigo de piel blanca. Solo repetía una frase: “No podrás escapar para siempre, el tiempo no te

Herederero del Cuarzo

perdona. No podrás escapar para siempre, el tiempo no te perdona...”»

Viendo que Ámbar seguía sin reaccionar, Ángelo se acercó a ella. La cogió por los hombros. A lo mejor podía sacarla del trance si la agarraba y la zarandeaba un poco, pero mientras lo hacía Ámbar primero se hizo translúcida y luego comenzó a parpadear toda ella y sin transición, y sin saber cómo ni porqué, la oscuridad tenebrosa rodeó a Ángelo que se aferraba al hacha como a un salvavidas.

CAPÍTULO 5

VERDADES COMO HIERROS

La sombra de Ámbar apareció de la nada. ¿Era realmente la pícara muchacha que Ángelo había conocido hacía unas horas?

—Te estaban esperando, Cuarzo Lechoso, te atenderán enseguida.

—Ámbar no te quedes atrás, deja de empujarme, ¡no me dejes!

—Solo tú puedes entrar ahora. El jefe quiere conocerte —contestó ella con una voz que se oía lejana.

—¿Entrar? ¿A dónde? —gritó alarmado Ángelo.

—Conocerás a Titanio, el Magno. Él podrá ayudarte a vencer a los odiosos mineros y restaurar el

Herederero del Cuarzo

honor familiar. —Pero la voz era tan tenue que Ángelo dudaba de haber escuchado bien sus palabras.

Repentinamente cambió el escenario.

Una bóveda azul oscura y en el centro un atril ocupado por un caballero inmenso ataviado con una armadura medieval. A ambos lados del mismo dos personajes escribían en máquinas de escribir antiguas lo que parecía el sonido de la respiración costosa de su señor.

—Sectaria, Cobalto, ¿quién ha entrado? —preguntó Titanio inclinando su cabeza cubierta con un casco que ocultaba sus ojos.

—Es Cuarzo Lechoso, mi Titanio —dijo Sectaria, su mano derecha y secretaria. Era una mineral longeva y con una túnica blanca y de mismos cabellos que parecía sorprendida.

—Pidió usted una cita con él a través de la guardiana Ámbar, mi señor —dijo Cobalto, un «emo» con una túnica negra igual que el color su pelo. No podía

Herederero del Cuarzo

llegarse a averiguar el color de sus ojos porque su denso flequillo lo impedía.

Ánguelo sentía su temor aumentar por momentos ante semejante trío.

—Ánguelo Cuarzo Lechoso, hijo de la que combatió contra la Minera. Soy tu tío, hijo.

—¡Mi madre no tiene familia, ni yo tío o padre! ¡Solo nos teníamos el uno al otro y me abandonó porque estaba mal de la cabeza!

Sectaria y Cobalto pegaron un grito ahogado. Ánguelo había desafiado a Titanio en un duelo que no esperaban que acabase en tablas.

—Niño necio... ¡Yo soy como tu tío, el gran Titanio! Tu madre y yo éramos íntimos amigos. Yo tengo más dolor que tú por ella. ¡Mira como estoy tras su muerte!

—Se quitó el casco y la venda que debajo llevaba y Ánguelo quedó horrorizado. Titanio, su nuevo tío, no tenía ojos. Tan solo la huella del que un día fue un cíclope.

Herederos del Cuarzo

—¡Están acabando con todos nosotros, uno a uno!
—gritó Titanio.— Por eso tenemos que ocultarte. Solo así sobrevivirás.

Ángelo empezó a enfriarse mucho. En pocos segundos la sala estaba cubierta de una nieve de cuatro centímetros. Ángelo estaba muy cansado, pero esto ya era demasiado intenso. Abrió su boca y pegó un grito equivalente a una tormenta de escarcha.

Sectaria también gritó y su chillido equivalió a un sonido capaz de romper cristales. El hielo se fragmentó. El casco de Titanio no se descuajaringó, pero a punto estuvo de estarlo.

Los tres se entrelazaron miradas. Cobalto había desaparecido de la sala.

—Solo un mineral muy poderoso puede hacer eso
—reconoció Titanio.— Condúzcanlo al jardín para que el Oráculo de la Tierra comience su geotransformación. Es la única vía para protegerlo.

Ángelo fue llevado hasta una gran puerta de madera, detrás de ésta se oían pájaros y el sonido del

Herederero del Cuarzo

agua. Un jardín lleno de estatuas desfiguradas, plantas carnívoras y un estanque en el centro. Pero también había una joven de oro sus cabellos y ojos como el cielo en un día de verano. Con un blusón blanco y unos vaqueros le resultaba familiar al protagonista.

—¡Oh, Ángelo, te han atrapado finalmente! Soy Iridia, hija de Titanio. Mi padre te esperaba para convertirnos a ambos en piedra. Esa es su gran idea para evitar que Alfa Minera nos encuentre y acabe con nosotros, pero yo creo que....

—¿Por qué llevas unos guantes de jardinero marrones y roídos? —la interrumpió maleducadamente Ángelo.

—Todos los minerales tenemos cualidades o dones especiales —dijo—. Para controlarlos, algunos de nosotros tenemos que ocultarlos.

Mientras hablaban, una vieja con la cabeza cubierta con una capucha, un loro en el hombro y con guantes de tres dedos se materializó justo a su lado. Antes de que pudiera siquiera abrir la boca, Iridia le gritó a Ángelo:

Heredero del Cuarzo

«¡Corre, corre!» Y los dos se internaron en la maleza a toda velocidad.

CAPÍTULO 6

EL JARDÍN DE LAS ESTATUAS

Nada más echar a correr Ángelo descubrió que se adentraban en un laberinto. Un bosque sinuoso y robusto lleno de estalactitas y estatuas. Recorrieron angostos y malolientes caminos. Las estatuas se iban volviendo más aterradoras con rostros desfigurados y gastados. Tan solo se guiaban por el sonido del agua que cada vez parecía estar más cerca. Iridia paró. Parecía que hubieran estado días caminando, cada vez sus pies se hacían más pesados... ¡No eran imaginaciones suyas! ¡Sus pies eran de piedra! Alarmados siguieron avanzando a duras penas hasta toparse con un muro que les triplicaba en altura. Un callejón sin salida. Era el final. Y en el muro, un poema rezaba lo siguiente:

**«Quien ose atreverse el día
malherir a la bruja vigía,
su corazón de hierro y de estaño su pulso,
no le será al diamante un insulto.»**

Pero, ¿cómo atravesar un muro macizo? Ángelo se tambaleó. La piedra ya le llegaba a los tobillos.

Tenía emociones fuertes para dar y regalar. Pensó en Mirko, del que no sabía qué había sido de él; en Ámbar, la guardiana que lo había arrastrado hasta allí; en su madre que había desaparecido en una cueva... Y el muro comenzó a agrietarse y de sus paredes salieron cuarzos que formaron un raíl lo suficientemente ancho para atravesarlo.

Ángelo estaba muy asombrado. No sabía cómo lo había hecho, pero cruzaron... Para volver al punto de partida: el mismo jardín con su estanque de aguas verdes, donde les esperaba sentada en una mecedora la longeva, achatada y malhumorada bruja con su loro anidando ahora en su cabeza mientras tejía unos guantes de tres

Herederero del Cuarzo

dedos y un jersey de cuatro mangas. Hundida en su mecedora parecía semidormida pero cuando abrió los párpados Ánguelo se quedó sin habla: ¡era una mujer tuerta con una amatista en vez de ojo!

—Soy el Oráculo de la Tierra. Pitia de los sedimentos. Llevo miles de años erupcionando profecías del subsuelo. Mi ojo puede ver más allá del ocaso —dijo riendo.

Iridia la amenazó:

—Déjenos salir o si no... —Ahí acabo su frase. Parecía que le hubiesen abofeteado. La Pitia no parecía extrañada...

—Niña tonta —rió.— Esto es una cárcel, no un jardín. Diría que te ha comido la lengua el gato, pero he sido yo. Ahora la tienes de piedra. Ja, ja, ja, ja...

Ánguelo también empezaba a convertirse en piedra. Tenía que reaccionar rápido. ¿Qué podía hacerle a la bruja para no caer en ese hechizo? Miró a Iridia. Tan solo la cara no era ya sedimento. Miró a la bruja. Los pocos dientes que le quedaban rezumaban el mismo color

Herederero del Cuarzo

verde del estanque. No lo dudó. Sus piernas empezaban a no responderle, pero él se tiró a sus aguas de cabeza. Su fondo parecía infinito y Ánguelo se hundía en ese fango liberador.

De repente vio una luz, y dentro de ella la imagen de Mirko Fluorita daba vueltas y vueltas sin parar. Era tan real que Ánguelo casi le pareció escucharlo hablar:

—Joven cuarzo, siento haberte puesto en peligro. Quería acabar con los asesinos de tu familia, pero te expuse demasiado. Intentaré ayudarte si puedo. Ahora sigo con mi misión en solitario honrando a sir Mateo y a los caídos.

A Ánguelo la cabeza le iba a estallar, pero con su último aliento consiguió salir del agua. Empezó a sentir otra vez sus extremidades. La bruja le esperaba junto a la ahora estatua de Iridia con un hueso muy afilado del que uno no querría saber su propietario. Ánguelo pensó en atacarla pero los otros huesos desparramados por el jardín le demostraban que no sería una pelea justa. Y entonces, justo antes de que Ánguelo pasara a la acción,

Herederero del Cuarzo

la fuente saltó por los aires y sus aguas cayeron como verde lluvia sobre las estatuas del jardín.

¡Y vaya sorpresa que se llevó Ánguelo cuando la piedra que recubría a Iridia se derritió y volvió a ser de carne y hueso! Los dos salieron de aquel lugar lo más rápido que pudieron, pero estaban perdidos. De repente apareció Cobalto con su largo flequillo de la nada. Iridia y él se abrazaron. Le tendió la mano a Ánguelo y habló:

—Ánguelo, soy Cobalto, el novio de Iridia. He venido tan rápido como he podido para ayudarlos. Esconderse de los mineros como opina Titanio no solucionará nada; habrá que reclutar un ejército para hacerles frente. Se oyen rumores de un “tercer diamante” perdido que puede llevarnos a la victoria. Pero ahora lo más urgente es escapar hasta que Titanio se avenga a razones. El problema es que este jardín no tiene una salida como tal. Sin embargo, ha de haber una salida de emergencia psíquica. Solo se me ocurre que nos concentremos y pidamos ayuda mentalmente a Ámbar para que nos saque de aquí. Cojámonos de las manos...

Herederero del Cuarzo

Ángelo cerró los ojos ipso facto pues no recordaba cuándo durmió por última vez. Si había sobrevivido hasta ahora era porque tenía su corazón de hierro y de estaño su pulso. Pero había algo que le decía que en realidad había sobrevivido por terminar lo que su madre había empezado. Debía vencer o pactar una tregua.

CAPÍTULO 7

LAS AGUAS TERMALES DE LA MUERTE

Cuando despertó, Ángelo estaba tirado en el suelo junto con Ámbar que seguía teniendo el camisón blanco y estaba más pálida que la leche. Esta vez no estaban solos. Iridia y Cobalto discutían a su lado valorando la situación.

—Ámbar se muere— dijo Cobalto seriamente. — Los guardianes no pueden resistir los dammanae.

—¿Dammanae? —preguntó Ángelo alarmado.

—Los demonios de los recuerdos. Humanoides grises con dientes afilados, ojos pequeños negros y unas orejas y alas de murciélagos. En vez de nariz, sus fosas nasales son dos pequeños agujeros y tienen garras horrosas —aclaró Iridia.

Herederos del Cuarzo

—Los guardianes son la llave para atravesar portales a diferentes lugares, pero mientras están activos los dammanae los pueden rastrear y si los localizan les extraen su fuerza vital enraizándoles en sus cuevas, haciéndoles vivir en un bucle de recuerdos horripilantes —añadió Cobalto.

—¿Y qué hacemos? —preguntó Ángelo.

—Es demasiado tarde para ella. Su piedra está a punto de corromperse —transmitió Iridia con profunda tristeza.

—¿Y si hacemos una transfusión mineral? —sugirió Cobalto.

Ángelo no podía más.

—¿Qué es una transfusión mineral?

—Esto. —Iridia arrancó la gema del dedo de Ámbar y su cuerpo se desmoronó. Iridia le susurró algo a la piedra y esta vibró y brilló repentinamente mientras ella la guardaba cuidadosamente.

—¡La has matado! —Ángelo se estremeció de pies a cabeza.

Herederero del Cuarzo

—No, Iridia le ha dado un poco más de tiempo de vida a Ámbar —explicó Cobalto.— Solo se me ocurre un sitio donde buscar un remedio... La Academia. Un lugar donde los minerales son libres y pueden aprender a luchar y ganarse un futuro.

Un gallo cantó. Otro día había pasado. A través de los cristales los ricachones zombis los miraban con una expresión deliciosa. Sin duda aún tenían marcha para una comilona.

—¡No me digas que estamos en la aldea de la melodía de la muerte! —chilló Iridia.

Un par de esas criaturas osaron entrar en la habitación donde se encontraban, pero bastó que Iridia los rozase para que se convirtieran en carísimas esculturas de oro puro.

—Mejor me pongo otra vez los guantes —sonrió Iridia.

Cuando salieron del pueblo maldito y se adentraron en el bosque por fin respiraron. Pero Ánguelo se percató que se trataba del mismo lugar en el que

Herederero del Cuarzo

desgraciadamente Sir Mateo había fallecido. Esto era una pesadilla, pasar tantas calamidades para volver al punto de partida...

Cobalto aprovechó para trazar en el suelo un mapa. Abajo en la esquina izquierda, el pueblo que habían dejado atrás. Más arriba, un bosque que sería donde estaban ahora. En todo el centro, un gran lago encerrado por un laberinto organizado de cuevas subterráneas. Y en lo alto, a la derecha, una cruz marcaba la ubicación de la Academia.

—Iridia —dijo Cobalto —sabes que solo podremos llegar a la Academia mediante las turbulentas aguas del guardián Za...

—Ni lo nombres —la cortó Iridia.— Ese lugar me provoca escalofríos, pero tienes toda la razón. No nos queda otra. Necesitamos esas aguas, aunque debemos evitar a su guardián si podemos.

—Vamos a ver —atajó Ángelo. —Ámbar se muere. Hay que ir a la Academia. A eso llego. ¿Cuál es el problema?

Herederero del Cuarzo

—Que vamos a tener que entrar en los dominios de Zafiro, «mi ex» —rió Iridia.— El peor lugar para cualquier discípulo del cristal.

Se acabó la charla. Iridia echó a caminar en una marcha sin pausa y Ánguelo y Cobalto la siguieron sin rechistar.

—Zafiro es «el ex» de Iridia desde hace ya mucho, ¿sabes? Su padre los emparejó, pero la cosa no acabó muy bien y hace tiempo que prometió vengarse. — Cobalto le susurró a Ánguelo.

—He visto los poderes de Iridia, pero ¿cuál es el tuyo, Cobalto?

—Toda mi familia es empática. Digamos que controlo un poco los sentimientos de la gente. Pero mi mayor habilidad...

—Háblale de la Academia, Cob. —Lo interrumpió bruscamente Iridia.

—Sí, la Academia es escuela, internado o una actividad extraescolar. Depende de tus intenciones o situaciones. Normalmente es un campamento de verano,

Herederero del Cuarzo

pero sus funciones son múltiples. También puede ser un resort de lujo. Maderas de pino y roble con una calefacción central. Todas las estancias muy espaciosas y calientes. Con niños y jóvenes de distintas edades cada cual con su propia habitación y hay un sinfín de zonas comunes. Bufet libre, comedor, sala de juegos, jardín nevado e invernadero, los establos, aulas de clase, un polideportivo, una zona de armas... El padre de Iridia lo subvenciona. Es el duque del Titanio ¿sabes?

Ángelo estaba saturándose con tanta información y por ello ni cuenta se dio de que Iridia ya descendía por un laberinto parecido a un castillo de cuevas y bóvedas. Hasta temía encontrarse a Titanio cambiándose la venda en el siguiente cruce. Llegaron al lago. Estaba dentro de la bóveda más rara del mundo. EL balneario era una inmensa piscina que ocupaba todo el espacio excepto un pequeño acantilado de tres metros de altura donde estaban los muchachos. En lo alto había pinturas doradas con formas geométricas.

De pronto, a su lado, se materializó un hombre azul y musculoso con unas gafas de sol negras y un albornoz

Herederero del Cuarzo

blanco que los miraba fijamente. Tenía cicatrices grises por el pecho y la cara, pero aun así parecía un fuerte luchador. Y en una parte de la cara, un horror, tenía media parte de oro. Debía ser muy fuerte para soportar el peso de tantos quilates. Junto a él chapoteaban damanaee y una especie de lagartos mutantes.

—Soy Zafiro, joven desconocido que camina en tan mala compañía. Un servidor que puede llevarte a cualquier parte del mundo, sin leyes ni papeles. No soy un guardián corrupto, soy un empresario visionario. —Los damanaee y los lagartos soltaron algunos chillidos de afirmación.

—Dejadme que os haga una demostración.— Agarró a Iridia con su fuerza descomunal y la tiró al agua de la piscina del balneario.

—Nuestra clienta y venerada pasajera ya ha pasado por el desierto del Sáhara, el océano Atlántico y hasta la Luna. En cuanto trague un poco más de agua la llevaré al Polo Norte.

Herederero del Cuarzo

Cobalto se lanzó de cabeza. Los dos amantes se perdieron en las profundas aguas rumbo a los reinos de los osos polares.

Ángelo miró fijamente a Zafiro que se le acercaba con aviesas intenciones. Recordó algo que venía en un libro de la biblioteca de su madre: «Los cuarzos lechosos forman hielo, pero también dan sueño».

—Sueño. —En su piedra algo se maquinaba.

—Te propongo una adivinanza. —A Ángelo se le iluminaron los ojos mientras hablaba.— Oro parece, plata no es, si no lo adivinas...

Zafiro se quedó momentáneamente quieto, pensando.

.—¡Esa me la sé! La piritita o la calcopiritita, minerales dorados. Oro para los tontos. Déjate de adivinanzas que es hora de que te lleve a Nairobi...

—¡Es el plátano cabeza de plomo! —Ángelo saltó hacia el gigante. Le metió todo el puño en el ojo y este lo cerró dolorido. Ángelo aprovechó para susurrarle al oído: «Duerme». Y el gigante cayó al agua. Ángelo habló a las

Herederero del Cuarzo

burbujas que formaba el cuerpo al hundirse: «llevadlo a un lugar donde no haya agua, a Marte, por ejemplo». Zafiro desapareció y Ángelo pidió esta vez: «trae a mis amigos, agua mística». Enseguida dos cuerpos con apenas vida ascendieron.

—Y ahora rumbo a la Academia, donde quiera que eso esté. —Terminó de ordenar Ángelo mientras el vacío se adueñaba de su mente.

CAPÍTULO 8

LA ACADEMIA

Cuando despertó estaba en una enfermería. Tenía unos globos de «cúrate pronto» y un millar de tarjetas con estampado de gatos. Había un calendario que marcaba 2 de diciembre. Eso significaba que debía de haber estado más de una semana inconsciente. Delante de sí había un televisor apagado y al lado de su cama una estantería con libros: Manual de rocas y minerales, de Joseph D. Minkowsky; Biografía de los Diamantes, de Lorenzo Lebrón de Quiñones; Guía Práctica para geólogos de Paula Ort.

Ángelo se emocionó. Paula Ort era su madre. Escribió eso antes de desaparecer en un accidente en una cueva, pero ahora Ángelo intuía que fueron fuerzas oscuras las responsables de su pérdida. En la sala entró

Herederero del Cuarzo

Ámbar que volvía a lucir un color sano en sus ojos. No dijo nada, solo lo abrazó.

—Has estado mucho tiempo inconsciente. Cobalto despertó hace días, pero Iridia... —se calló.— No creemos que despierte. Zafiro la torturó demasiado. Ojalá yo hubiera podido evitarlo...

Ánguelo se vistió corriendo. Se puso lo primero que encontró: unos vaqueros, una camisa azul de cuadros y una chaqueta marrón de aviador que le quedaba grande. No era su estilo, pero ahora lo importante era ver a Iridia. Cobalto venía a su encuentro. Llevaba unos pantalones de campana negros y una camiseta corta de igual color. Salieron de la enfermería y dieron a lo que parecía el hall de la Academia en cuyo centro había un árbol de Navidad gigante plantado. Fuera nevaba. Recepcionistas por todos lados facturando equipajes de alumnos y alumnas recién llegados. Ascensores rojos subían y bajaban por todos lados. Muchas lámparas barrocas con luces. Este lugar era algo más allá de lo normal.

Cobalto guió a Ánguelo hacia un ascensor repleto de equipajes y subieron hacia un pasillo con un montón

Herederero del Cuarzo

de habitaciones. 547, 548, 549... Cobalto paró en la 557. Abrió la puerta sin ningún problema y encontraron a Iridia en una bonita habitación con un ojo de buey que daba a un campo de abetos nevados.

Era una suite para la realeza, suponía Ángelo, pues el tocador que estaba a su lado no informaba lo contrario. Pero qué pena tan grande ver postrada y sin conocimiento a la pobre Iridia. Su pelo rubio con unas pocas canas estaba deshecho. Uno de sus guantes se había desprendido y una parte de la cama había triplicado su valor. Titanio estaba a su lado, parecía que había envejecido, pero seguía siendo imponente. Ángelo no le había cogido ningún aprecio al cíclope ciego templario, pero se notaba que con su hija la cosa era diferente. No había manera de saberlo, pero lo que se respiraba en el aire era amor. Amor de un padre arrepentido hacia su hija rebelde. Con el corazón en un puño veía como la vida de Iridia se derramaba cada vez que respiraba. Era el fin. Zafiro la había matado. Ahora estaría moribundo riéndose de lo que hizo. Era monstruoso y enfermizo.

Herederero del Cuarzo

—Lo siento cariño; querer convertirlos en piedra fue solo para protegerlos —se lamentaba el desconsolado padre una y otra vez.

A todos los que escuchaban les crujió el corazón.

Ángelo supo de pronto lo que tenía que hacer. Se acercó y juntó su frente con su cuarzo incrustado a la de ella mientras le susurraba:

—Siente mi energía, despierta por favor, conéctate, puedes hacerlo, conéctate, conéctate... —Al poco tiempo Iridia abrió los ojos. Ángelo le había traspasado parte de su propia fuerza vital sin saber siquiera cómo. Aún no podía mantenerse en pie, pero estaba más viva que nunca. Su padre la abrazó, pero el destino fue tan cruel que nadie se percató de que a Iridia le seguía faltando un guante y para cuando se dieron cuenta Titanio ya era una bonita escultura. Ámbar entró y se llevó tal susto que casi se desploma. El panorama no era el mejor: Iridia llorando y Cobalto consolándola. Ámbar dando vueltas, nerviosa, y Ángelo desesperado por lo que acababa de contemplar. Era algo cíclico: cuando las cosas iban mal, mejoraban y otra vez empeoraban en poco tiempo.

Herederero del Cuarzo

Ángelo, envuelto a su pesar en una cruzada para combatir contra fuerzas oscuras, tenía que pensar en el presente. Sabía que tendría que hacer cualquier cosa por salvar a Titanio, pues entre Iridia y él había ahora un vínculo más fuerte que el más duro mineral. Se había establecido una conexión entre ellos, a pesar de lo poco que sabían el uno del otro. Y si Iridia no recuperaba a su padre, Ángelo sabía que no tendría la suficiente fuerza para acabar lo que su madre comenzó y ni siquiera sabía aun exactamente lo que tenía que hacer.

En ese momento entró una señora. Vestía de chaqueta y corbata, pelo blanco y corto, una mujer descarada y un poco avara. En la mejilla un diamante lucía. Debía ser la jefa del lugar, pues su instinto empresarial era desbordante.

—Por los discípulos del mismísimo diamante — murmuró.— Los muertos reviven y los vivos se mueren. ¿Qué hace Titanio convertido en oro, pues era nuestro patrocinador más querido? Y Usted, ilustre Iridia. Hace cinco minutos estaba más muerta que una muñeca de trapo...

Herederero del Cuarzo

Iridia no paraba de llorar. Y repentinamente la señora se multiplicó en cuatro idénticas a ella misma.

—No pasa nada, mi niña. —La abrazó fuertemente. —Tú padre está vivo. Solo tiene una armadura muy pesada, pero siente todavía. Lo salvaremos, mi niña. Ahora corre y cámbiate de ropa, ahí tienes un armario, coge lo que quieras.

Iridia dejó de llorar lágrimas de cuatro quilates.

Su nuevo look era imponente. Una chaqueta vaquera y unos pantalones de idéntico material roídos blancos con un pelo rubio despeinado y alguna que otra cana albina.

Una de las directoras se fue con Iridia; otra, con Ámbar y Cobalto; la tercera salió por la puerta; y la cuarta se acercó a Ángelo.

—Me agrada verle aquí señor Cuarzo Lechoso. Cuando desapareció su madre mandamos rápidamente a nuestros mejores cocheros, pero un topo debió dar un chivatazo... Pobre Sir Mateo. Acompáñeme —dijo sin

Herederos del Cuarzo

más preámbulos. Atravesaron un jardín muy triste y solo; no nevaba ya. Había muchas lápidas juntas.

—Este es el cementerio de la Academia. Aquí están todos los caídos. Tu tía, tu primo, tu bisabuelo... No te apenes, ahora todos son héroes. Han salvado miles de vidas. —La directora no paró de hablarle hasta que llegaron a una habitación mediana que era su despacho. Muchos tulipanes y claveles. Libros y más libros, muchos y muy antiguos. Un escritorio robusto a juego con una silla con ruedas.

—Ángelo, estamos en una situación complicada. —Le dijo mirándole fijamente a los ojos.— Ahora que nuestro líder Titanio está fuera de combate podemos sufrir un ataque en cualquier momento. Te contaré una historia para que lo entiendas:

«Mucho, mucho antes de que tú nacieras los minerales y los mineros se enfrentaron sin piedad. Ambas facciones ansiaban la misma piedra. Unos para hacerse ricos, otros para sobrevivir. Los mineros eran fuertes y robustos, semejantes a los topos. Con narices puntiagudas y garras descomunales. Durante muchos

Herederero del Cuarzo

siglos llevaron la delantera en la lucha, pero un día, un mineral se alzó: un diamante puro llamado Rehum. Lamentablemente se partió en varios trozos: tu madre era el segundo de ellos.»

—¿Mi madre? —preguntó Ángelo.

—Sí. Tu madre era en parte diamante, pero pasó algo inesperado que lo cambió todo... —Durante un segundo la directora se quedó en el limbo, mirando al horizonte.

—En resumidas cuentas, has de salvar a Titanio. Si no, estamos perdidos. Y no creas que Iridia es la primera en tener poderes áureos. Quizás ya sepas que hubo en la Antigüedad un rey llamado Midas que tenía el mismo problema que ella, pero al lavarse las manos en el río Pactolo acabó con su maldición. En el caso de Iridia esa alternativa no nos sirve, pues debe conservar sus poderes que son su fuente de vida. Así que no queda otra que visitar al Oráculo de las Nubes, aunque sea un lugar de locura.

Ángelo asintió con la cabeza sin entender bien todo lo que acababa de escuchar.

CAPÍTULO 9

LA PROFECÍA

Tan pronto como salieron del despacho se encontraron a otra directora con Iridia. Se volvieron a unir en una y esta habló:

—Para salvar a Titanio debéis pedirle una profecía al Oráculo. Yo no puedo acompañaros porque conmigo hace siglos que no quiere hablar. Es un poco intensa, pero haréis buenas migas, lo presiento. Ágata está ahora libre, id con cuidado —dijo una de las versiones de la directora.

Salieron juntos e Iridia guio a Ángelo por pasillos que cada vez se hacían más estremecedores y oscuros. Ángelo esperaba que Iridia le dirigiese la palabra, pero su melancólica boca no se abrió en esta ocasión.

Herederero del Cuarzo

Así llegaron a un gran teatro, con miles de butacaones y un gran escenario. ¿Esto era el temible Oráculo? Ahí estaba el coro de minerales y su directora: una niña pequeña regordeta y pecosa. Pelirroja, bajita, con gafas y un polar de unicornio.

Nada más entrar Ágata chilló como una ardilla. En efecto, tenía un ágata rosa en la frente.

—¡lhhhhhh! Vicus heredis, Herederero del cuarzo, siempre he querido conocerte. ¡lhhhh!

—Para de una vez, Ágata Hudson —sollozó Iridia—. Y danos por favor tu profecía para salvar a mi padre; para eso estamos aquí.

Ágata sonrió. Lo tenía todo planeado de antemano, sus espías la tenían siempre informada de todo.

—Como desee la ilustre Iridia —sonrió. Dio unas señales a su coro y empezó. Cantó hechizada con una voz grave y letal con ayuda de sus espíritus del coro. Sombríos ahora:

Heredero del Cuarzo

Los pecados del oro perderán su valor
Si la pureza el tiempo revisara
Hubo dicho que narra una cruzada
No pierdan los hechos su dolor
Cuando venzan los Caídos
Nacerán de la tierra los vivos
Porque el heredero
Sabrá unir el sendero
Géminis
Enfrentarse al tiempo
Espera bien el momento
Antítesis.

Al concluir su profecía Ágata se desplomó junto a su coro que acababa de sufrir un colapso momentáneo. Empezaban a levantarse con un dolor atroz de cabeza y murmurando lo duro que era profetizar.

—¿Y ahora qué? —preguntó Ángelo.— No he entendido nada de nada.

Herederero del Cuarzo

—Vayamos a la biblioteca. —Ordenó Iridia.— No hay tiempo que perder.

La biblioteca era un lugar rústico y acogedor. Una chimenea gigante en el centro, estanterías de nogal en bandas, mesas de estudio en un rincón, pufs de todos los colores y ventanales gigantes. Junto a un cuentacuentos para los más pequeños un pasillo tenebroso y oscuro rezaba «No pasar. Muerte segura al personal no autorizado, caprichoso lector».

Iridia hizo caso omiso a la amenaza, cruzó el pasillo y desapareció. Ánguelo, angustiado por la mirada asesina de la bibliotecaria, la siguió deprisa como un rayo y entonces se dio cuenta que estaban los dos solos en una sala oscura, con estanterías negras y una mesa central en la que Iridia consultaba una bola de cristal.

—Analizar profecía —susurraba.

—Para analizar profecía, pulse uno; para componer profecía, marque dos —le respondía.

Al fin la bola cedió:

«el oro pierde valor = oro no vale nada;

Herederero del Cuarzo

el tiempo es puro = el tiempo en su estado infinito;

cruzada = Edad Media;

hechos con dolor = malos recuerdos.»

—Analizando, espere el resultado... Concluido. Su profecía se está imprimiendo... Aquí está:

«Para que el oro pierda su valor se le ha de frotar con hielo prehistórico disuelto en unas gotas de agua faraónica y aderezado con sangre de dragón previamente mezclada con agua de la Grecia clásica.»

—Puntúe su experiencia con nosotros de forma gratuita. Si le ha gustado marque...

Ángelo pensó que la bola estaba chalada pero a Iridia se le iluminaron los ojos.

—Eso es... Sííí —chilló como una loca.— ¡Nos vamos al pasado! —gritó.

—¡Chiiiiiiiis! Estamos en una biblioteca.

—Vámonos ya —dijo ilusionada.— Pero no sin pasar antes por el laboratorio y coger unos cuantos

Herederero del Cuarzo

tubitos de ensayo para guardar las muestras cuando las consigamos.

—¿Qué tubitos? ¿A dónde hay que ir? —
Ángelo no entendía nada de nada.

—A «dónde» no es la cuestión, sino a «cuándo». Pues al pasado como ha dicho la bola. —Iridia rió.

Justo entonces entraron Ámbar y Cobalto más pálidos que las paredes.

—Si Titanio no se recupera, los mineros atacarán muy pronto. Hay que hacer algo ya.

—El Oráculo nos ha dicho que para salvar a Titanio hay que viajar al pasado y conseguir unos ingredientes. Y eso solo es posible usando la piedra del tiempo —explicó Iridia.

—¿La piedra del tiempo? Pero eso está en Alaska en un pequeño pueblo de... —no terminó de decir su frase Cobalto, cuyos ojos tapaban su flequillo como siempre.

Herederero del Cuarzo

Todos miraron a Ámbar.

—Agarradme las manos y cerrad los ojos. Nos ponemos en marcha.

Fue un viaje muy estresante. Turbulencias, bajadas, subidas... Y todo ello en una décima de segundo. Cuando llegaron estaban descompuestos y caídos en el centro de una arquitectura de piedras paleolíticas que formaban un círculo. Bueno, en el centro exactamente no, porque en el centro lo que había era una especie de ámbar brillante que parecía controlarlo todo. Debajo había una inscripción muy antigua que solo Cobalto supo traducir:

«Que el murmullo del T-Rex

Te guíe por el ancho Nilo

Y los dioses paganos

A la hidra no le acecha el sigilo

El río seguir si quieres sobrevivir

No te fíes del extraño

Suerte si consigues resistir.»

Herederero del Cuarzo

Todos se estremecieron, pero Iridia se encargó de recordarles que no había marcha atrás.

Ámbar no lo soportó más y rompió su silencio:

—No creo que viajar en el tiempo sea buena idea. Os respeto y os ayudaré como guardiana de minerales que soy, pero... Tiene que haber otra solución. Revisemos la profecía... No está del todo claro que... —El destino la frenó.

De las rocas apareció una mujer. Ruda, con abrigo de piel blanco. Su pelo recogido en un moño enorme. Aparentaba noventa inviernos con una mirada poco complaciente.

—Soy la vigilante del tiempo —dijo.— Se les concede a los viajeros un máximo de dos millones de latidos de corazón en una época que no sea la suya.

Se quedó mirando fijamente a Ámbar y entonces exclamó:

—¡Por fin! ¡Usted es la delincuente Ámbar Alereus, hija de Prometeo y de Hemíptera! Lleva trescientos

Herederos del Cuarzo

millones de latidos fuera de su tiempo, me extraña que aún no se haya vuelto loca. ¡¡¡Venga Usted conmigo y muera de una vez en Atenas en el 450 A.C. Podría romper el espacio!!!

—¡Nunca! —chilló Ámbar.— Agarraos a la piedra, chicos. ¡Nos vamos de este milenio!

Ámbar era una caja de sorpresas y problemas, pero la cosa se desmadró un poco más cuando tocaron la piedra. Fueron cada uno expulsados a un tiempo distinto. Una sensación parecida a cuando te dan un empujón y cayeras a un kilómetro por segundo del Everest.

La pobre Ámbar acabó en la antigua Grecia a su pesar.

Cobalto se estrelló en la Edad Media. Iridia en el Antiguo Egipto y Ángelo en el Cretácico.

Telepáticamente todos se conjuraron para encontrar una parte de la pócima y así curar a Titanio, pieza clave para la defensa de la Academia y de todo lo relacionado con la supervivencia de los minerales.

CAPÍTULO 10

COBALTO APUNTA MANERAS CON UNA HIDRA

Cobalto acabó en una aldea inglesa en el siglo XIV. Estaba medio en llamas y los aldeanos sollozaban en penumbra: «¡La Hidra y la vieja! ¡Corred! ¡Ya vuelven del pantano!» Cobalto se acercó a una mujer desdentada que intentaba levantarse a duras penas.

—Corre muchacho, los monstruos del pantano volverán enseguida —le gritó mientras se alejaba lo más deprisa que podía, que no era demasiado, para que nos vamos a engañar.

En el centro del pueblo un rey sollozaba con sus súbditos detrás de su capa de armiño. A veinte metros, una princesa encadenada insultaba a cualquiera que osara ponerse a tiro de su voz. A todos les sangraban

Herederero del Cuarzo

los oídos de tantos adjetivos ofensivos a la raza humana y al monstruo. Cobalto se acercó a ella y todos palidieron. Hasta la princesa estaba un poco asombrada de ver acercarse a este extraño con el flequillo al viento.

—Eres la muerte, deduzco —le dijo en un tono obsceno.

—Voy a morir a manos de la Hidra y tú quieres estar presente. ¿Por qué tengo que sacrificarme yo, y no luchar si nadie se atreve a hacerlo? ¿Has oído, «fea»? Yo lucharé contra ti!

Cobalto se sonrojó. Su belicoso carácter era idéntico al de Iridia. Llevaban siendo novios en secreto desde que eran niños. Esa princesa le recordaba mucho a Iridia. ¿Se estaba enamorando? No, no, no... Iridia era su chica, su vida. Era todo lo que necesitaba y se pellizcó para recordarse que estaba aquí por ayudar a su padre, Titanio.

No hubo tiempo para seguir pensando. De la maleza apareció otra señora vieja y roñosa. Tapada con una

Herederero del Cuarzo

túnica de color verde oscuro y comenzó a hablar al pueblo que la contemplaba aterrorizado.

—Última oportunidad, pueblo del pantano. Han pasado siete años y quiero a un príncipe como sacrificio.

—Pero yo solo tengo a mi hija a la que por supuesto te la cedo para alimentar a tu querida Hidra. Sin duda no queremos que la aldea se vuelva ceniza, ¿pero qué más puedo hacer? —se excusaba el rey con pesar.

—Fácil —indigestó la vieja.— El primer visitante que venga llevadlo al castillo. Encerradlo en un ataúd moteado cuando la luna llena brille en la bóveda celeste. Al día siguiente, casadlo con la princesa, esa que tenéis maniatada, y encadenadme a la pareja en un carruaje sin cochero hacia el pantano. Solo cuando sus aguas los ahoguen por completo la Hidra se marchará y yo no os robaré más. Es la voluntad de los árboles y de las setas del bosque.

Todos miraron a Cobalto y se estremecieron con escalofríos.

Herederero del Cuarzo

—¡Guardias!, coged al chico! Gritó el rey con una voz chillona de puro pánico.

Cobalto iba a escapar cuando un osado aldeano lo golpeó con una roca por detrás. Murmuraba maldiciones al pueblo y a sus habitantes, pero nada más, pues pronto se quedó semiinconsciente.

Nuestro pobre amigo se debatía entre dolores y al despertarse encerrado en un ataúd no tenía claro en qué mundo estaba. Se pasó lo que parecieron horas entre cuatro tablones de madera. De vez en cuando oía gritos.

—¡No me puedes hacer esto, papá! —maldecía la princesa.— ¡Déjame luchar contra la Hidra!

—Es demasiado arriesgado, hija. Límitate a sacrificar tu vida —le respondía su padre muerto de pena.

—Tú y tu asqueroso pueblo sois ***, espero que ** . Si no fuera porque estoy encadenada, os prometo que ***.

*** (Introducir palabras obscenas del siglo XIV).

Herederero del Cuarzo

Cobalto estaba ya un poco harto de tanta riña entre padre e hija y los gritos, la falta de aire y el dolor acabaron por adormecerle. Bruscamente despertó cuando levantaron la tapa de su cárcel. Ahí estaba la valiente princesa con una copa de agua para reanimarlo mientras le contaba su plan para fugarse juntos.

—Me llamo Tesalia, princesa de este reino. La cosa es que no quiero acabar muerta. No tienes muchas otras alternativas, a menos que quieras casarte conmigo y sufrir una muerte lenta y dolorosa a manos de la fea vieja y su Hidra Kira.

—¿Quiénes son esas dos? —preguntó magullado.

—Una vieja roñosa y su monstruo que llevan torturándonos desde hace generaciones; la Hidra es una especie de dragón con diez cabezas blancas. Una es inmortal así que no podrás matarla y las otras nueve si le cortas las cabezas les saldrán dos. Así que estamos ***.

*** (De nuevo introducir palabras obscenas del siglo XIV).

Herederero del Cuarzo

—¿Cómo sabes tantas palabrotas? —preguntó Cobalto con los oídos rotos.

Tesalia no tuvo tiempo de contestar. Su padre y los guardias entraron armados.

—Bien que estéis juntos —murmuró.— Ahora empieza vuestra boda.

Fue una ceremonia un poco extraña. No hubo música, ni invitados, ni siquiera un cura. Tan solo el rey los esposó y los declaró marido y mujer.

—Ahora que la Luna llena os ha bendecido os marcharéis de viaje de novios al pantano monstruoso. — Y los echó de palacio.

Si el rey pensaba que su hija no podía complicar más las cosas, se equivocaba pues sí lo hizo.

—Te prometo, padre que cuando mate a la Hidra tu cabeza acabará en el pantano con la de tus soldados y me proclamaré reina y ...

Los guardias la callaron con un trapo y los dos jóvenes se vieron atrapados en un carruaje de solo ida.

Herederero del Cuarzo

Cuando dejaron de estar a la vista de los soldados Cobalto se impulsó empáticamente y rompió las cadenas y luego ayudó a Tesalia a liberarse.

—¡Eres un brujo! —exclamó alarmada.

—Soy Cobalto, discípulo del cristal. No uso magia negra. Solo tengo poderes.

—Poderes muy oscuros, ni siquiera veo tus ojos.
—La princesa fue a levantarle el pelo que le velaba los ojos, pero este la frenó y le irradió temor al tocarla.

—No me levantes el flequillo o acabarás mal, te lo aseguro.

Ninguno de los dos habló más hasta llegar al pantano. Era verde vómito y gris. En una choza la fea vieja asaba una carne misteriosa y su monstruo engullía trozos de cocodrilo de treinta kilos. Saltaron del carruaje y este acabó hundiéndose en el pantano. La Hidra lo atacó y pronto no quedó nada a la vista, pero resultaba evidente que no quedó satisfecha. Cobalto rompió sin querer una ramita con el pie y los amarillos ojos de la criatura lo miraron fijamente. La fea habló:

Herederero del Cuarzo

—No podéis cambiar la voluntad del pantano. Me haré la reina del cotarro en cuanto muráis, me lo han dicho los robles milenarios.

—Pues prueba un poco de este roble, vieja. —
Tesalia le lanzó un tronco afilado del suelo que esquivó por muy poco. La fea huyó al bosque dejando a su mascota hacer el trabajo sucio.

El monstruo salió a la superficie. Era imponente. Dos autobuses juntos de unos cuatrocientos kilos que no ha dormido bien.

—Juaaaaaazaaaaah —un siseo de serpiente tronó y espantó un centenar de cuervos al cielo de la mañana.

La Hidra albina atacó. Rugiendo, le pegó varios mordiscos al aire. Tesalia intentaba pegarle mamporros en los hocicos pero la Hidra le escupía un veneno que la mareaba. Cobalto sacó una pequeña daga del bolsillo. Se la había regalado Iridia cuando se conocieron y nunca se separaba de ella. Se abalanzó sobre el monstruo y le clavó el afilado utensilio entre sus ojos. La Hidra chilló de dolor. La daga también era venenosa. Muy letal. Y dio a

Herederero del Cuarzo

entender su eficacia porque una de las cabezas acabó en el suelo desprendida.

—¡Sí! —exclamó Cobalto lleno de satisfacción.

—¡No! —respondió Tesalia con furia mostrando su enfado.

—¡lhhh, Ahhhh! —Propinaron las dos nuevas cabezas que la Hidra ahora estrenaba en el lugar que había dejado libre la cabeza desprendida.

—Solo queda jugar la última carta —masculló entre dientes Cobalto comprendiendo su error.— Tápate los ojos Tesalia y por nada del mundo los abras. —Le ordenó.

Tesalia no vaciló. Cerró los ojos. A pesar de que acababa de conocer a Cobalto, confiaba plenamente en él.

Cobalto se subió el flequillo y dio a ver sus ojos a la furiosa Hidra. Eran normales pero grises, quizás algo esmirriados, pero armas letales en todo caso. La Hidra crujió y se volvió de piedra. Ella y la cabeza inmortal

Herederero del Cuarzo

acabaron en el fondo del lago. Donde quedarían durante muchos siglos.

Tesalia miró asombrada cómo se hundía su cuerpo petrificado en las aguas del lago.

—Sí, sí... que no es magia más negra que el betún...
—murmuró.

Pero Cobalto no pudo escucharla porque estaba tumbado sobre la hierba.

—¿Cobalto? —Tesalia lo ayudó a levantarse.

—Ahhgg, y ahora ¿qué hago yo sin la sangre del dragón? —Cobalto se había levantado enfurecido.

—Saca tu daga y mira si tiene algo... —En efecto, la daga tenía gotas de sangre. Cobalto las recogió cuidadosamente en un pequeño tubito que llevaba colgado al cuello.

—Vale, ahora tengo que buscar un río y supongo que volveré a mi tiempo. —Cobalto estaba ilusionado con la idea de volver a encontrarse con Iridia.

Herederero del Cuarzo

—Por aquí pasa un arroyo llamado... ¡Cobalto, detrás de ti! —Palideció la princesa.

Detrás de este, la fea vieja le apuntaba con un cuchillo.

—Pagaréis caro por la muerte de Kira, mi dulce Hidra. ¡Muere espíritu! —chilló.

Cobalto se giró y se subió el flequillo. La bruja crujió de nuevo y se volvió de piedra maciza.

Tesalia, sin poder creerse lo que estaba viviendo, le guió hasta un arroyo. En uno de sus márgenes una balsa varada estaba esperando ocupantes.

—Yo navegaré hasta desembocar en mi tiempo ¿y tú? —le preguntó a su nueva amiga.

—Me haré reina de este *** reino y le diré cuatro cosas a mi padre si se opone. Y creo que me voy a cambiar el nombre. Pasaré a llamarme desde ahora la gran Tesalia, lo tengo todo decidido.

—¡Pues adiós, mi querida Tesalia, no cambies tu carácter nunca! Y mientras se alejaba de la que pronto sería la nueva reina Tesalia, Cobalto remó con fuerza.

Herederero del Cuarzo

—Adiós sir Cobalto, caballero de la Hidra, yo te proclamo duque de...

—¿Queeeeé? —Cobalto no tuvo más tiempo para protocolos pues la barca se catapultó fuera del agua y atravesó un portal temporal.

CAPÍTULO 11

IRIDIA, FARAONA DE LAS CATACUMBAS

Cuando Iridia cayó en el desierto se puso perdida de arena. Tan solo había tenido un milisegundo para despedirse de Cobalto y de los demás y tenía el corazón en un puño con tanta angustia. Si les pasaba algo, sería por su culpa.

—Estarán bien —se repetía. Pero el mantra cada vez le relajaba menos. Tenía calor.

Su misión era sencilla. Cogería un poco de agua del Nilo y volvería a su tiempo. Pero lo que encontró en la ciudad faraónica en la que había aterrizado era un desmadre monumental. El río seco, la gente llorando y robando. Muerte sin esperanza: el Caos.

Herederos del Cuarzo

—Estamos malditos —repetían los beduinos.

—¡Cleopatra acabará con toda el agua de Egipto!
—se lamentaban mientras la maldecían en voz baja.

—Y los buitres se alimentarán con nuestras entrañas a la mañana siguiente —balbuceó un niño muy psicópata.

Iridia se cansó de aquel espectáculo. Pegó un grito y todo el mundo se paró en seco.

—¡Es la muerte! —chilló el niño de aspecto psicópata.

—¿Queda alguna gota del Nilo? —Les preguntó.

—No, la faraona se ha quedado lo poco que quedaba. Como ves, el Nilo está seco.

—Pues le tendré que pedir una gota de su querida agua. —respondió Iridia resuelta a completar su misión. La madre del niño que había hablado antes dio un paso al frente para decirle algo:

—La dinastía nos ha arrebatado el agua, los más valientes y yo te acompañaremos.

Herederero del Cuarzo

—¡Viva la extranjera y nuestra gente! ¡Unidos seremos más fuertes! —coreaban.

—Y si no, sufriremos una muerte lenta y dolorosa, unidos como una familia! —añadió sonriendo el niño junto a su madre.

—Vale, ese niño tiene un problema— le advirtió Iridia a su madre quien asentía con la cabeza con temor.

De entre la multitud salió un anciano respetado por todos. Vestía una tela sucia y su barba era nieve roñosa. Se hacía llamar Visir y hasta hace poco era la mano derecha de los poderosos.

—Soy el más anciano del desierto. Solo yo podré guiaros por los oscuros pasadizos del palacio. —El viejo se inclinó ante Iridia.— Confío en ti —le dijo— pero necesitaréis mi ayuda para colaros en los aposentos reales.

—¡Hecho anciano, cualquier cosa por conseguir el agua del río!

Todos los valientes partieron hacia donde el anciano les guiaba. Llegaron a una pirámide roja y puntiaguda. La

Herederero del Cuarzo

cubría una niebla arenisca, formando una especie de tormenta. EL anciano postrado de rodillas se puso a recitar clemencia:

«Acmaeiaon, farao Scorpion,
desert aren tui hop.
Serpent del Nil,
acmaeiaon»

La pirámide crujió. El cielo teñido de gris relampagueaba y tronaba. Pero ni una sola gota de lluvia humedecía el aire que parecía tóxico por momentos. Una grieta en el suelo se abrió y la puerta de la pirámide se desplazó.

—Corred —gritó el anciano. Todos obedecieron y entraron en una trampa mortal.

La pirámide era oscura y tenebrosa, con telarañas y muy poco iluminada. Olía a muerto y había evidencias por todas partes de ello. Iridia no sabía qué hacer, así que preguntó al anciano.

Herederero del Cuarzo

—Los dioses quieren ayudarnos, extranjera, mas no pueden enfrentarse al faraón en tierra de los vivos. Hay que hacer un sacrificio ritual para que el Nilo deje de estar ofendido y traiga paz al desierto.

—¿Y cómo lo hacemos? —le preguntó.

—Hay que mirar los jeroglíficos, niña. Son la voz de la pirámide —le dijo mientras apuntaba con su dedo hacia el frente.

En efecto un muro se alzaba ante ellos. Lleno de signos y de imágenes. Figuras, símbolos, frases antiguas... El anciano hizo de traductor:

«Osa el hombre ser dios, y la diosa confía en el hombre. Leyendas hablan de una extranjera, hija del dios Titán y de la diosa Brillo. Ella salvará a nuestro pueblo y traerá una nueva era, pero advierte que en un movimiento final el traidor de medio rostro la llevará al fondo del abismo y que un cuervo negro la hará esfumarse del tiempo.»

Iridia no palideció. Ya tenía profecías de sobra e iba contrarreloj. El anciano guió al grupo por pasadizos y

Herederero del Cuarzo

túneles escalofriantes. Pareció perdido más de una vez, pero todos disimularon su angustia. Iridia sabía que no sobrevivirían a base de rocío mañanero mucho tiempo. La imagen de su padre Titanio le vino a la mente y sin saber por qué, recordó unas habladurías que las lenguas chismosas no osaban exponer en voz alta, al menos en su presencia.

Herederero del Cuarzo

Diario de Aguamarina

1891

Acabé en un nuevo internado pero que muy extraño. No podía revelar mi identidad, pero allí no importaba tu familia. Aprendo rápido y bien. Llevo mucho tiempo gozando en este paraíso y no quiero abandonarlo. Si supieran quién es mi padre acabarían degollándome en dos días. Mi mente piensa en un chico llamado Titanio. Es listo y guapo. Apenas tiene mi edad, pero sospecho que le atraigo. Algún día antes de volver a huir le escribiré una carta despidiéndome. Se me hace duro, mas luchar contra mi estirpe debo para tomar el timón de mi destino. Solo con pensar que a él le pueden hacer daño me rompe el corazón.

—¿Por qué tengo que ver el futuro?! ¿Por qué sé que tras de mí, mi familia acabará con su corazón dos veces!?

Herederero del Cuarzo

No puedo más. Es duro saber todo lo que va a suceder cuando yo ya no esté aquí y no poder hacer nada. Si tan solo pudiera...

¡Eso es! Ayudaré a los descendientes. Les legaré mis conocimientos. Herederos, desde hoy estáis bendecidos. Seréis grandes héroes algún día y los minerales se sentirán orgullosos de vosotros.

CAPÍTULO 12

EL REENCUENTRO

Después de un lapsus momentáneo el anciano dio con la tecla. Tras atravesar un muro que era una puerta oculta aparecieron en el salón real. Cleopatra tumbada y deshidratada sollozaba en mitad de una tormenta sin agua. Sus esclavas y esclavos moribundos palidecían semiconscientes en el suelo. Solo un bulto más grande que un cocodrilo se erguía en todo aquel alboroto: ¡Zafiro!

Iridia no podía imaginar cómo había acabado ahí, pero allí estaba, devorando un banquete de cinco estrellas Michelin.

—¡Oh, dios del Nilo! ¿Qué más puedo hacer para satisfacerte? —Una moribunda Cleopatra se le echó a

Herederero del Cuarzo

los pie— Mi pueblo se muere, ¡oh gran Zafiro! Es solo cuestión de tiempo que todos perezcan —tosió enferma.

—Cariño: si quieres agua, cógela de la arena al alba. Esas gotas de rocío te mantendrán con vida hasta que termine el banquete. ¡Y déjame en paz! Necesito fuerzas para planear cómo hacerme el amo del mundo.

—No, si yo lo impido. —Iridia se quitó los guantes. Sus manos empezaron a sobrecalentarse. Zafiro la miró con odio. Su cara medio rota era la viva imagen de una victoria. Cicatrices y manchas de oro que le formaban un pesado parche en la cara. Iridia intentó en su día convertirlo en una estatua, pero su antiguo novio era muy ágil y poderoso.

—Iridia, querida. Creí haberte dejado en la Antártida ¿o era el Polo Norte? Bueno, es lo mismo; ahora acabaré contigo de una vez por todas. —Zafiro se abalanzó contra ella con una larga lanza, pero teniendo buen cuidado de no quedar al alcance de sus manos.

Destrozaron medio cuarto. Zafiro embestía como un toro bravo, con sus cuernos de carnero e Iridia lo esquivaba como un ágil felino. Pero a pesar de todos sus

Herederos del Cuarzo

esfuerzos Zafiro consiguió finalmente acorralar a Iridia entre dos columnas e inmovilizarla en el suelo. Se sacó un cuchillo carnicero del taparrabos y lo levantó ante su rostro. Aún tenía sangre de otra pobre víctima.

Iridia se planteó muchas cuestiones en aquel instante pero nunca se asombró tanto al ver que los ojos de Zafiro perdían su color y la gema de su ombligo se oscurecía. Al derrumbarse, Iridia vio que le habían apuñalado por la espalda con una daga. Una daga que reconoció fácilmente y al ver a su portador se le empaparon los ojos. Abrazó a Cobalto sin guantes, pero no lo convirtió en oro, pues su poder contrarrestaba el de Iridia. Ese era el motivo por el que se enamoraron. Iridia era la única que había visto los ojos de Cobalto. Era su media naranja. Su alma gemela por toda la eternidad.

Zafiro tumbado sobre las losas del suelo parecía muerto. De pronto empezó a desintegrarse delante de sus asombrados ojos hasta acabar hecho literalmente polvo que, de repente, salió volando de la habitación y se mezcló con el resto de la tormenta.

Herederero del Cuarzo

Empezó a llover y a llover con fuerza, como nunca antes lo hizo. El río empezó a llenarse. El agua lo inundaba todo. Acariciando las lenguas de los egipcios y ofreciéndoles una delicia en pequeños sorbos. La gente salió a las calles, bailaban danzas antiguas. Todos recuperaron las fuerzas. Y Cleopatra dio un discurso:

—Ahomahep Iridid e Cobalt. ¡Salve mi guaphep extrijiptomaepj ! Serp del Nil , pir farao. ¿Kua pat, Mu vac? ¡luju pit pep, nup Osis Oasis! —fueron sus palabras que el Visir les tradujo a su manera:

—Amigos Iridia y Cobalto. ¡Viva mi gratitud eterna hacia vosotros! La serpiente del Nilo ahora está clavada y unida con los faraones. ¿Qué podemos ofrecer os como recompensa? Pedid lo que queráis y os lo concederemos.

Iridia miró a Cobalto, lo tenían claro y él contestó en nombre de los dos:

—Ilustre faraona, nos gustaría una embarcación resistente y unas gotas de agua de este río. Solo pedimos eso. Cleopatra adoptó una mirada pícaro al escuchar sus palabras.

Herederero del Cuarzo

—Está bien. Todo es concedido, pero los demás que intentaron arrebatarme el trono deberán ser castigados.

—¡Nos matará a todos! —chilló como de costumbre el niño psicópata.

El anciano lo calló. No había mentiras en su rostro, sabía lo que les esperaba a él y a su improvisado ejército.

—¡Alto! —gritó Cobalto en su chapucero egipcio. De algo le tenían que servir las lecciones de liderazgo que había aprendido con Tesalia.

—¡Somos dioses disfrazados! —dijo sin saber la reacción de los asistentes.— Dioses que no permiten que la faraona ataque a nuestros elegidos. Pues los elegimos a todos ellos como nuestro consejo de sabios. ¿Entendido? —Era un giro muy improvisado que no tenía mucha credibilidad para ellos, pero Cleopatra asintió aterrada. A pesar de considerarse una diosa le tenía mucho respeto a sus iguales.

Aclarado este asunto, los dos embarcaron con la sangre de dragón y las gotas del Nilo dejando atrás una

Herederos del Cuarzo

civilización modernizada y a una gobernanta aterrada con la sola idea de que volverían si osaba castigar a su pueblo.

CAPÍTULO 13

ANGUELOSAURIO: EL DESPERTAR DEL CRETÁCICO

Lo habíamos dejado atrás. Algunos lectores casi se habían olvidado de él. Ánguelo había caído en el peor sitio de todos. Estaba en el Cretácico, lleno de dinosaurios y de alimañas. Sin siquiera un ser humano al que dirigirse. Caminaba despacio y aterrado por las pisadas que se le avecinaban. Pisadas grandes y pesadas marcadas en el mismo barro que él estaba pisando.

Los ruidos eran estremecedores. Chillidos, rugidos, murmullos. Todo en una misma jungla donde las plantas te nublaban la vista y las sombras distorsionaban los cuerpos. Sentía que lo estaban observando. Pero eso era normal entre tanta maleza. Se oyó como algo rompía una ramita. Hubieran sido imaginaciones suyas si no le

Herederero del Cuarzo

hubiera visto los ojos. Unas esferas rojo sangre con una raya en el centro cortada. Era la mirada de un T-rex. Ángelo no movió un músculo. Si no le fuera la vida en ello quizás hubiera seguido otra estrategia pero en esta ocasión Ángelo empezó a desprender nieve por el pelo. Copos helados que alertaron de su presencia y el tiranosaurio—rex atacó. Le fue persiguiendo por la maleza chocando con árboles y plantas. Tan solo el murmullo de un arroyo le advertía de la falta de silencio. Corrió y se escondió entre unos arbustos, donde aplastó sin querer unos huevos amarillos. Empezaron a desprender un hedor fétido y mareoso que traumatizó el olfato del héroe. Cayó al suelo sintiendo un dolor intenso en la nariz. Vio unas sombras, sería el T-rex. No lo supo con certeza pues en medio de todo el barullo cerró lentamente los ojos ante el pestazo que le privaba de sentido... y ya no los volvió a abrir hasta que un fuerte dolor en sus pulmones le obligó a ello.

Volvió a cerrar los ojos, debía estar soñando porque ahora estaba en una cabaña bungalow que albergaba indicios de vida. Un ordenador aún encendido, el olor de un desayuno completo, sábanas calientes... Hasta había

Herederero del Cuarzo

un pequeño fuego encendido. Pero no, no era un sueño, era real y cuando se asomó a la ventana se alegró de no tener vértigo: estaba en lo alto de un árbol kilométrico. Le habían puesto un pequeño paño en la frente por el golpe o por la fiebre... Lo enfrió con sus manos. Le había cogido gusto a congelar. Era como un príncipe de hielo. Alguien irrumpió en la sala de la nada. Era... ¡Ámbar! Verdaderamente era ella. Llena de sobresaltos y misterios. Ángelo analizó mentalmente su perfil:

«Infancia misteriosa.» «Guardiana teletransportadora.» «Perseguida por la jefa del tiempo durante trescientos millones de latidos de corazón...»

La chica habló:

—Te confundes. No soy quien estás pensando sino su gemela. Lástima que solo nuestros cuerpos sean semejantes. Yo soy Cristal de Roca, por cierto. ¿Te apetece té?; porque acabo de prepararlo y cuidado que quema un poco...

Ángelo quería explicaciones. No conocía del todo a sus otros compañeros de aventuras pero al menos sabía que no estaban perseguidos por la justicia.

Herederero del Cuarzo

—¿Cómo, qué, dónde? —logró balbucear.

—Luego, Ángelo, que ya está aquí la madre de la criatura.

Se oyó un rugido y luego se sintieron las fuertes pisadas. Y cuando estampó su cuerpo contra la casa, todo tembló. Era una tiranosaurio—rex descomunal. Sus dientes, a docenas, rasgaban el porche y el balcón de la casa. Su cola le pegaba latigazos al tronco. Y sus pequeñas garras arañaban con ímpetu las ramas. Le dio una vuelta a la casa, embistiéndola con golpes secos y repetidos. Esta crujía y se descuajaringaba por momentos.

—¡Corre, tírate por esa rampa que tengo de salida de emergencia. —Le urgía Cristal de Roca—. Esa mole no se parará hasta verlo todo hecho pedazos. Me ha pasado ya varias veces. Entre las hierbas tengo una vieja avioneta del año catapún. El plan es cruzar el claro a la carrera y hacerla despegar.

—Pero, ¿cómo vamos a hacer algo tan arriesgado?

Herederero del Cuarzo

—Lo arriesgado será quedarnos aquí. Morir aplastado por una rama del cretácico es una forma muy mala de morir, te lo aseguro. Ya me ha pasado tres veces.

No hubo tiempo de más charla. Cristal de Roca salió disparada y Ángelo la siguió. Los dos cruzaron a toda pastilla la pradera sin que la T—rex se percatara, tan absorta estaba embistiendo el árbol. Pero al subirse en el mohoso y viejo cacharro y ponerlo en marcha las cosas fueron de otro modo. El ruido alertó a la bestia y emprendió la persecución de la avioneta.

Deslizándose en una carrera mortal, la avioneta parecía cada dos por tres a punto de pararse, pero milagrosamente mantenía la marcha. Llegaron hasta un precipicio. Era la hora de la verdad. Saltaron al vacío y se elevaron, pero el monstruo pegó un bocado al aire que hizo que un motor se desprendiera. Estaban en un océano nada pacífico que sería su tumba. Aunque sobrevivieran a la caída el agua estaba repleta de depredadores y no llegarían vivos a la costa. La avioneta cayó y los dos salieron disparados. Ángelo cerró los ojos de puro miedo y soñó...

Herederero del Cuarzo

—Ánguelo, soy Aguamarina. Ahora tienes que vivir. Los mineros te buscan. Saben que tienes las fuerzas necesarias para enfrentarte a su líder, Alfa Minera, coronel de sus ejércitos. Resiste, mi héroe. El «tercer diamante» pronto te encontrará. Este no es el final. Es solo el comienzo.

Ánguelo abrió los ojos. Le lloraban del frío y del viento. Pero notó como si a sus espaldas tuviese un paracaídas. Uno muy resistente. Roca de Cristal lo miró aterrorizada y él, al verse con unas grandes alas escarchadas, casi vuelve a perder momentáneamente el sentido. Batió de forma instintiva sus alas y siguió agarrando a Roca de Cristal. Los dos cruzaron así la bahía hasta acabar de nuevo en tierra firme. En cuanto tocó el suelo las alas de Ánguelo se replegaron sobre sí mismas y nadie que no lo hubiera visto podría adivinar que las tuviera.

No había rastro de ninguna mortífera alimaña, pero por si acaso, decidieron no bajar la guardia. Es más, Roca de Cristal parecía asustada.

Herederero del Cuarzo

—Aquí no estamos a salvo. Cuando un dinosaurio detecta tu presencia no para hasta acorralarte. Y el único lugar seguro de esta maldita isla era mi refugio, pero está comprobado que ha dejado de serlo. Ojalá a mi hermana la hayan encarcelado ya, porque si no, no podré soportar este sufrimiento sabiendo que ella está disfrutando. No te lo tomes a mal, chaval. Pero es que si conocieras a Ámbar como yo...

—Eso quería comentarte. No sé casi nada de ella.
¿Por qué estás aquí?

—Es una extraña historia, pero como el viaje es largo te la puedo contar por el camino.

—Pero ¿a dónde vamos?

—A por hielo cretácico. ¿No has venido a esta época a buscar eso?

—¿Cómo sabes tú...? ¿Quién te lo ha dicho? —preguntó sorprendido Ángelo.

—Porque leo la mente, Ángelo; y tus pensamientos dicen que es lo único que puede ayudar a tu tío.

Herederero del Cuarzo

—Y ya puestos, ¿por qué no vamos más rápido volando con mis nuevas alas? —Ánguelo intentó extenderlas pero no pudo.

—Chico, cómo se nota que eres novato. Cada vez que las uses necesitarás un período de tiempo para recargarlas igual al doble de su masa por energía multiplicada por la velocidad del sonido. Somos jóvenes, así que ¡andando, que es gerundio! —A Roca de Cristal ya no le apetecía hablar más. Le rehuía la mirada. Al final suspiró:

—Ámbar es... Es una mala persona —atajó.— Un día incendió el templo de los minerales. Estaba loca. Era mala. Condenó a nuestra familia a la humillación de toda Atenas y nos tuvimos que exiliar en Esparta. Al final nuestro padre enfermó. Fuimos huérfanas durante meses. Ámbar aseguraba que si volviese al pasado podría arreglarlo todo. Nos abandonó con sus imaginaciones y pocos meses después que nuestro padre cerrase por última vez los ojos volvió con una piedra en la mano: la «piedra del tiempo» la llamaba.

Herederos del Cuarzo

Ahora seguían un camino escarpado y al despeñarse un enorme pedrusco Roca de Cristal y Ángelo perdieron el equilibrio y casi acaban en un profundo barranco. Él recordó de sopetón que en medio de dos precipicios era muy importante concentrarse en los desniveles, lo había leído en un libro titulado «Supervivencia Para Gente Corriente» que se sabía de memoria.

Por el momento no se habían vuelto a topar con ningún dinosaurio, pero es que Roca de Cristal conocía el terreno como la palma de su mano y parecía que llevase meses atrapada.

—¿Qué pasó después? —preguntó Ángelo.

—¿Después? —Roca de Cristal se tomó una pausa antes de responder.— Mi hermana, tras comprobar que el pasado nunca se puede modificar, envidiosa porque yo era más popular y tenía más amigos que ella, me abandonó en el Cretácico y le perdí el rastro. Llevo millones de latidos atrapada en este tiempo y no puedo salir ni morir...

Herederero del Cuarzo

—¿Cómo es eso posible? —preguntó con curiosidad Ángelo.

—Somos dos caras de una misma moneda, como el yin y el yan. Pero nuestros destinos están unidos. Mientras una esté viva, la otra respirará. Solo si fallecemos exactamente al mismo tiempo las dos moriremos para siempre. Me encerró en esta cárcel para que yo no pudiera eclipsarla ni para que nadie me encontrara... Llevo atrapada mucho tiempo, como verás. Cada vez que su imagen acude a mi mente me repudio a mí misma... Solo quiere seguir siendo inmortal, no importa lo que yo sufra en este tiempo.

—¿Y por qué me ayudas? —preguntó Ángelo alarmado por lo que acababa de escuchar.

—Hace meses me visitó un espíritu. Su luz me deslumbró y durante un segundo me sentí llena de felicidad. Me dijo que te ayudara y, a cambio, tú me sacarías de aquí.

No hubo reproche. El frío invadió sus cuerpos. La nieve se abría paso en un valle colina abajo lleno de mamuts lanudos y, en medio de los paquidermos, un

Herederero del Cuarzo

iceberg de hielo fosforescente. Tendrían que sacar unos trocitos de allí. Pero ¿cómo?

Ánguelo se quedó mirando unos colmillos de mamuts mientras una idea se abría paso en su cerebro.

—Una breve explicación. Los colmillos de los mamuts son el triple de grande que los de los elefantes. Lo sé porque...

—Porque ya más de una vez lo has comprobado por ti misma, vale.

—¿Puedo seguir, avónchos?—Le preguntó Cristal de Roca molesta por haber sido interrumpida.

—¿Qué me has llamado?

—¡Cuidado!

Cristal de Roca lo empujó con fuerzas justó cuando un rayo caía en la tierra que ambos pisaban y ella acabó como una marca tiznada en el suelo.

—¡¿Qué ha pasado?! —Ánguelo se agachó. Cristal de Roca era ahora una simple sombra negra. Una fría brisa sopló y borró esas cenizas.

Herederero del Cuarzo

—¡Cris, Cris! —sollozó asustado.

—¿Qué te duele, ανόητος? —dijo riendo. Cristal de Roca estaba allí detrás de él y entera de una sola pieza.

—Pero ¿cómo? —balbuceó incrédulo.

—Recuerda, héroe: mientras tenga mi hermana gemela vida, yo respiraré. Además, ese maldito rayo siempre deslumbra mi vista cada vez que está a punto de caer. Por experiencia sé lo que se siente.

—¿Tienes algún plan? —Yo estoy al borde del agotamiento mental.

—Activar los minerales —sonrió ella con dulzura.

—¿Qué?— Exclamó Ángelo.

Cristal no le respondió y sin embargo le dio un beso. Un beso en la mejilla, claro. Pero al abrazarlo, Ángelo sintió algo que nunca creyó haber sentido, amor. Se enamoró de un sopetón de Cristal de Roca; lo cual no sabía él hasta qué punto conllevaría un montón de problemas, pero no pudo resistirse. La abrazó y estuvieron unos segundos en un limbo muy romántico y

Herederero del Cuarzo

un poco cursi. Al volver a abrir los ojos se sentía distinto. Se sentía con un chute de adrenalina plus, con mucha más energía. Hasta los ojos le brillaban más. Y su mineral... Estaba cada vez más luminoso. Era como si pudiera congelar a alguien con solo mirarlo. A Cristal de Roca le pasaba igual. Le rebosaban las fuerzas.

—Cuandoooo , un mi..mi...mineral re...recibe una emoción fuuuuuueeeerteeee. Todo su...su cuerpo va a dos mil por horaaaa.

—¡¡¡Cómooooo molaaaaaaaaaaa!!!

—¿Serías capaz de ...de volaaaaar otra vez?

—¡Si!!!!!!! —A Ángelo se le extendieron de la emoción sus alas de copo de nieve.— ¡Ya están recargadas, agárrate a mi cinturaaaaa!

Llegaron volando y recogieron hielo del iceberg que Ángelo se apresuró a meter en el tubito que Iridia les había dado a cada uno de ellos. Menos mal que con sus poderes podía mantenerlo congelado.

A punto de retornar a tierra sucedió lo imprevisible: los icebergs empezaron a derretirse a la velocidad de la

Herederero del Cuarzo

luz. Era una avalancha de agua descomunal que formaba un río de aguas impetuosas justo a sus pies. Vieron cómo a lo lejos los mamuts salían en estampida, pero muchos cayeron despavoridos a las heladas aguas. Los dos humanos no podían hacer de repente nada, como después de una sobredosis de azúcar, el bajón era inmenso. Ángelo tenía consigo el trozo de hielo, su misión estaba cumplida. Solo tenían que cruzar... El río.

—Cris...tal... Tú eres técnicamente inmortal, ¿no?

—Sí, ¿por qué lo preguntas?

—Por si no sale bien tener la conciencia tranquila.

Ángelo, sujetando todavía a Cristal, se tiró al río que de improviso se abrió debajo de ellos sin pensárselo dos veces y entre bramidos agonizantes, los dos fueron succionados por las gélidas aguas. Parecían que éstas les guiaran a propósito a un lugar en concreto. De repente empezaron a subir. Se elevaban muy deprisa y “zas”, seguían inmersos en la misma agua helada pero en otro tiempo. Frente a un barco: RMS TITANIC.

CAPÍTULO 14

LUJO EN EL JUICIO FINAL

Tan solo el gélido viento podría matarlos, pero su sangre no era humana, era roca fluida.

Más fuertes, más duros. El río que los había transportado a esta época se solidificó en un instante formando una montaña blanca y unos segundos antes de quedar atrapados en su interior Cristal de Roca trazó un círculo con el dedo y sin transición acabaron en la cubierta del barco, que se quejaba con un sonido sordo tras el impacto.

Ahora llevaban unas ropas distintas. Ángelo vestía un esmoquin azul oscuro con una pajarita roja. Su pelo bien peinado y su sonrisa perfecta no parecían recordar las ropas andrajosas y los cortes sufridos tras tantas

Herederero del Cuarzo

peripecias anteriores. Al tocarse el cuello comprobó que el tubo con el hielo cretácico seguía donde debía.

Cristal de Roca también estaba deslumbrante, llevaba un vistoso vestido rojo de noche muy pasado de moda y su pelo curvo suelto con unos pendientes de coral la hacían parecer ... Divina... Los dos salieron de allí muy nerviosos. ¿Por qué habían acabado ahí y no en el presente? —se preguntaba Ángelo para sus adentros.

—Creo que al final cogimos un arroyo y no el río. Eso nos ha acercado bastante pero no lo suficiente, tenemos que coger un cauce más caudaloso.

—Pero ¿cómo lo...?

—Leo la mente, príncipe del hielo, ¿no te acuerdas?

—No me llames así —Ángelo pareció molesto.

—¿Así cómo? —ella se rió.

—¡Cállate ya! —Le frustraba mucho el sentido del humor de Cristal de Roca.

Herederero del Cuarzo

—Llevo siglos sin dirigirle la palabra a nadie. Sin ti no podría haber salido, pero sin mí, estarías muerto. Así que agárrame de la mano y sonríe. Tenemos el tiempo contado antes de que el barco se hunda.

Los dos atravesaron un lujoso pasillo lleno de obras de arte. Cuadros de reyes y duques, bustos de condes y barones. Pisando una magenta y ordenada alfombra con estampado de dorados rombos. En una gran puerta con ventanales blancos rezaba «Primera Clase». Un mayordomo bien erguido mantenía la guardia.

—Madame —se inclinó ante Cristal de Roca.—
¿Puedo ayudarles?

—Buenas noches Benson; hace una noche espléndida ¿verdad? Tengo que pedirle un favor. —
Cristal de Roca sacó de la nada unos billetes multicolores.

—Habla con el oficial de guardia y que la tripulación se ocupe de ir soltando los botes salvavidas.

—¿Pardon, madame? No la entiendo. Estamos en un barco insumergible...

Herederero del Cuarzo

—Y mis billetes son muy coloridos, Benson. Haga lo que le digo si no quiere que informe al capitán donde han ido a parar las botellas de champagne que faltan en la bodega. Esas que vende a escondidas a los pasajeros de segunda clase...

—Corriendo, madame. —Y se alejó hacia la cabina de mando sorprendido de que alguien hubiera descubierto su negocio secreto.

La pareja entró en el restaurante. Era impresionante. Aun no se había retirado todo el pasaje y los que quedaban brillaban con sus trajes de gala. Por una escalera de caoba los diamantes y brillantes subían y bajaban.

—No te separes de mí, podrías acabar... desdichado.

De repente, en una esquina de la sala el vestido dorado de Iridia reveló su ubicación.

Ángelo corrió hacia ella. No estaba sola. Cobalto lucía una chaqueta negra y Ámbar parecía mareada pero había que reconocer que estaba igual de guapa con ese

Herederero del Cuarzo

vestido verde esmeralda que su gemela con el suyo rojo.

—Pero ¿tú qué haces aquí? —Ámbar se levantó bruscamente al ver a su gemela.

—¡Ánguelo! ¡Ánguelo! —Iridia se lanzó a abrazarlo.

—No sé cómo hemos acabado todos aquí, no entiendo nada... Tenemos todos los ingredientes ¿no?— Preguntó Iridia al tiempo que les enseñaba su tubito con el agua del Nilo. Cobalto les mostró el suyo. Y Ámbar sacó uno al que había pegado una etiqueta que ponía «río Aqueloo».

«Con el agua de ese río apagaron un incendio muy importante» pensó Ánguelo, recordando sus estudios de Historia clásica mientras enseñaba su cubito de hielo del Cretácico. A continuación, Iridia los juntó todos y guardó en su propio frasquito que se colgó del cuello.

Bien, bien, pues entonces, ya solo tenemos que salir de aquí volando, nunca mejor dicho. Por cierto, ¿quién es esa chica idéntica a Ámbar que no te suelta? —Le preguntó Iridia.

Herederero del Cuarzo

—Ella es Cristal de Roca, la hermana gemela de Ámbar. —Se apresuró a responder Ángelo.

—Cris, esta es mi prima Iridia. Bueno...prima, prima no exactamente, pero como si lo fuera. Su novio Cobalto y... No hace falta que te presente a tu gemela.

—¿Por qué no les dices tu verdadero nombre, ἐλπίδα? —Se burló Cristal de Roca.— ¿Tener tantos millones de latidos de edad te ha paralizado la lengua?

—¡Cállate! ¿Por qué la has sacado del Cretácico? ¡Maldito chico! La dejé en el rincón habitable más remoto del Cosmos por una buena razón... —Ámbar estaba realmente furiosa.

No hubo respuesta. Un ruidoso crujido metálico desencajó la cubierta desatando un desconcierto que daba paso al pánico. Ya nadie saboreaba los bogavantes o las ostras del día. Todos salieron disparados en direcciones opuestas. Nuestros jóvenes amigos se habían quedado solos con la compañía de una señora mayor: la jefa del tiempo vestida con sus pieles y un peinado caro. Colgaba de ella un collar de perlas que nadie se podría permitir y un oxidado reloj de cobre de bolsillo, cosido al

Herederero del Cuarzo

cuello de su chaqueta con siete agujas diferentes: presente la más grande, pasado la más fina, futuro casi invisible, horas, minutos, segundos eran normales y la última y más pequeña nada menos que «la eternidad».

—Siempre me ha gustado arrestar a ladrones y fugitivos del tiempo, pero hoy literalmente mataré a dos pájaros de un tiro.

—¡No, si puedo impedirlo! —gritó Ámbar.

—Crack— Varias columnas del salón se cayeron bloqueando la puerta por la que pensaban escapar.

—¡Que tengáis suerte! —Rió la jefa del tiempo. — Esta sala está hecha para que vuestros poderes queden anulados.— Les dijo antes de que se desvaneciera en un humo blanco. Todos miraron a las gemelas.

—Lo que dice es cierto. Esto es como una prisión para los minerales. Nadie puede usar los poderes... A menos que...

Cristal de Roca miró a Ángelo y a Iridia. Era obvio que sus minerales estaban unidos en un vínculo especial.

Herederero del Cuarzo

—Cada uno por su lado no podrá escapar de aquí, pero si unimos nuestras fuerzas, quizás podamos puentear al inhibidor de poderes. A fin de cuentas, la jefa del tiempo sí ha podido huir de aquí. Cojámonos de las manos y concentrémonos en volver al presente. —Les apremió Cristal.

Formaron un círculo... Empezaron a salir chispas pero nada más. La cámara empezaba a hundirse en el agua. Los muebles empinados caían al duro suelo y se rompían...

Faltaba algo. Necesitaban empatía...

—¡Genial idea! Cristal de botella barata. Tu idea es un fracaso. Aquí falla algo. No he conocido a una persona tan miserable como tú! —Le escupió Ámbar.

Las dos volvieron a enzarzarse en una discusión.

—ἰχόφῶτι —insultaba Ámbar!— ¿Sabes que te digo, Cristal asqueroso?

—ἰμη μου πείς! ¡¿Qué tienes que decir precisamente tú, secuestradora de hermanas?!

Herederero del Cuarzo

—¡Chicas! —intervino Iridia.— No quiero presionar, pero creo que esto es un poco preocupante...

Las dos miraron a donde señalaba Iridia y... Por todas partes los gritos y llantos habían disminuido. En un vacío temporal el agua, que ya les llegaba a las rodillas, hacía acto de presencia. La valiosa vajilla nadando y las mesas bailando un último vals casi flotando. Se fue la luz. Más chillidos. Sintieron que se elevaban y todo se movía rápidamente. Era como estar otra vez en los balnearios de Zafiro, solo que ahora no se enfrentaban a un enemigo; se enfrentaban a un problema de milenios. No sería tan fácil como arrancar una mala hierba, esto ya era un bosque entero.

—¡Vamos a morir aquí! —Iridia y Cobalto se dieron la mano.

—¡No! —Ángelo habló. Creo que debemos mantenernos unidos, a pesar de problemas de la infancia o traumas familiares. No podemos rendirnos ahora.

De pronto recordó que el hacha que encontró en la aldea maldita seguía colgando de su cinturón. Y como un poseso comenzó a destrozar las columnas que obstruían

Herederero del Cuarzo

la salida para poder alcanzar la única puerta mientras las gemelas seguían a lo suyo.

— ¡Estás loca de remate. No estás cuerda. Tienes un grave problema mental, desde luego que sí! —gritaba una.

— ¡Será mejor que te encierren en la era Mesozoica unos milenios! ¡Mi doble, mi enemiga, pero nunca mi hermana! —farfullaba la otra.

La puerta finalmente cedió ante el hacha de Ángelo y una tromba de agua los zarandeó a todos.

— ¡Las manos! ¡Cogeos las manos! —intervino Cobalto. El techo se hundió y el agua que inundaba la sala los arrastró por la cubierta del barco y los lanzó a mar abierto. Libres de la prisión del Titanic, el océano del tiempo los absorbió inmediatamente.

Cuando tocaron otra vez tierra volvían a estar en Alaska, en el mismo círculo de piedras de tiempo inmemorial. Pero de las gemelas no había ni rastro.

Herederero del Cuarzo

—No me lo creo. —Ángelo casi se derrumba.—
¿Se hanido? ¿Se han perdido? !Hay que encontrarlas cueste lo que cueste!

—¡Luego! Ahora no hay tiempo que perder —dijo Iridia palideciendo.— Mi padre... noto que apenas le quedan fuerzas. ¿Tú no?

—Lo conozco solo desde hace unos días como quien dice, mi vínculo no es tan fuerte. —Se disculpó Ángelo.

—¿Cómo podemos volver rápidamente? ¡Sin la guardiana no podemos teletransportarnos! —exclamó alarmado Cobalto.

—Lo siento, vida mía. Necesitaríamos un... milagro. Trató de consolarlo Iridia.

—A grandes males, grandes soluciones —rezongó Ángelo que extendió sus alas recién descubiertas y sus ojos se volvieron como una tormenta. Tenía el poder de un cuarzo, de un cuarzo lechoso en el apogeo de su fuerza y tomando impulso ascendió hasta las nubes con sus asombrados amigos agarrados de las manos. Voló y

Herederero del Cuarzo

voló, y guiándose por su instinto puso rumbo hacia donde suponía que estaba la Academia.

Llegaron cuando a Ánguelo empezaban ya a flaquearle las fuerzas.

En la Academia todo seguía aparentemente igual: enfermeros perla ayudaban a los pacientes; los zafiros más jóvenes jugaban al fútbol; las fluoritas iluminaban y se divertían chinchando a las piritas, que se enojaban e iban a quejarse a la directora. Ésta llevaba un traje de chaqueta blanco que iba a juego con su pelo y lucía un pequeño bastón decorado bañado en el color del oro. Con una pamelita con una flor amarilla parecía sonreírles y acariciarles las mejillas, pero se notaba que tenía el corazón en un puño, sus ojeras revelaban que no dormía bien por las noches, habían estado poco tiempo ausentes, pero la situación había empeorado bastante.

La directora los saludó encantada en cuanto los vio entrar y sin perder un segundo, los condujo hasta la habitación donde habían dejado a Titanio. Allí seguía la estatua muy descolorida que apestaba a muerto, pero aun

Herederero del Cuarzo

había esperanza. La propia Iridia vertió la pócima de las aguas del tiempo sobre la gema de su padre. Éste comenzó a recuperar su forma humana poco a poco.

—Hija.

—Padre.

Los dos se abrazaron, pero Titanio no volvió a convertirse en oro, pues las aguas del tiempo lo habían hecho inmune al poder de su hija. Ángelo se desplomó en el suelo y perdió, sin sorpresa de nadie, el conocimiento.

CAPÍTULO 15

LO QUE QUEDA AL FINAL DE UNA AVENTURA

Ángelo despertó en su nueva habitación. Con una terraza y un armario muy grande. Un escritorio de roble y una cama mullida.

Junto a su cama estaba la directora que le miraba sorprendida. Él no lo sabía, pero había pasado ya una semana desde la misión. Ahora tenía catorce años y no sabía cómo había estado tanto tiempo dormido.

—Te debo muchas explicaciones, Ángelo. No voy a poder informarte de todo ahora, aunque ya eres mayor para asumir las oscuras verdades que esta Academia guarda. —La directora le hablaba con voz pausada y dulce, como si temiera hacerle daño con sus palabras.

Herederero del Cuarzo

—Cometimos un error. Un error garrafal y Ámbar y Cristal de Roca ya no están con nosotros. Ambas hermanas buscan al tercer diamante, que por ahora anda perdido. Pero los celos enfermizos entre ellas hicieron que una gemela acabara encerrando a la otra. No sabemos aún porqué tu energía las atraía a ambas como un imán. Pero descansa, ya hablaremos cuando te encuentres más recuperado.

Después, la directora se marchó y Ángelo meditó unos segundos, aún medio adormilado. No se lo había dicho a nadie, pero mientras había estado inconsciente había tenido pesadillas. Podrían llamarse visiones. Aun las recordaba perfectamente.

—Saludos, Herederero del Cuarzo.

Ángelo supo instintivamente que era Alfa Minera, con sus grandes extremidades y rasgos faciales de topo.

—Le prometí a Cristal de Roca que tú la salvarías, pero nunca le dije que también la abandonarías. Te vio como a su príncipe azul... Su héroe. Las piedras susurran, Ángelo. Me dicen cosas... Cristal de Roca y Ámbar acabarán liderando el ejército de los mineros y ni tú ni

Herederero del Cuarzo

tus amigos podrán evitarlo. Ellas tienen un destino, son mis sucesoras y acabarán de una vez por todas contigo y con toda tu familia. —Ángelo no podía dejar de escuchar sus palabras y trataba sin éxito de despertar de aquella pesadilla.

—La Academia solo será cenizas cuando ellas tomen el poder. Al final los mineros venceremos, no lo dudes. Ningún diamante podrá evitar vuestra derrota. —Ángelo por fin se despertó cuando llamaron a la puerta. Era Titanio.

—¡Ángelo! —Iridia y Cobalto entraron detrás de él.

—¡Qué alegría verte recuperado! —Iridia lo abrazó con sus guantes puestos y Cobalto le dio una palmadita en el brazo.

—Sobrino, ¿cómo te encuentras? Yo...quería agradecerte todo lo que has hecho. Sin ti, Iridia se habría desmoronado. La familia está para apoyarse y ahora tenemos que estar más unidos que nunca.

Herederero del Cuarzo

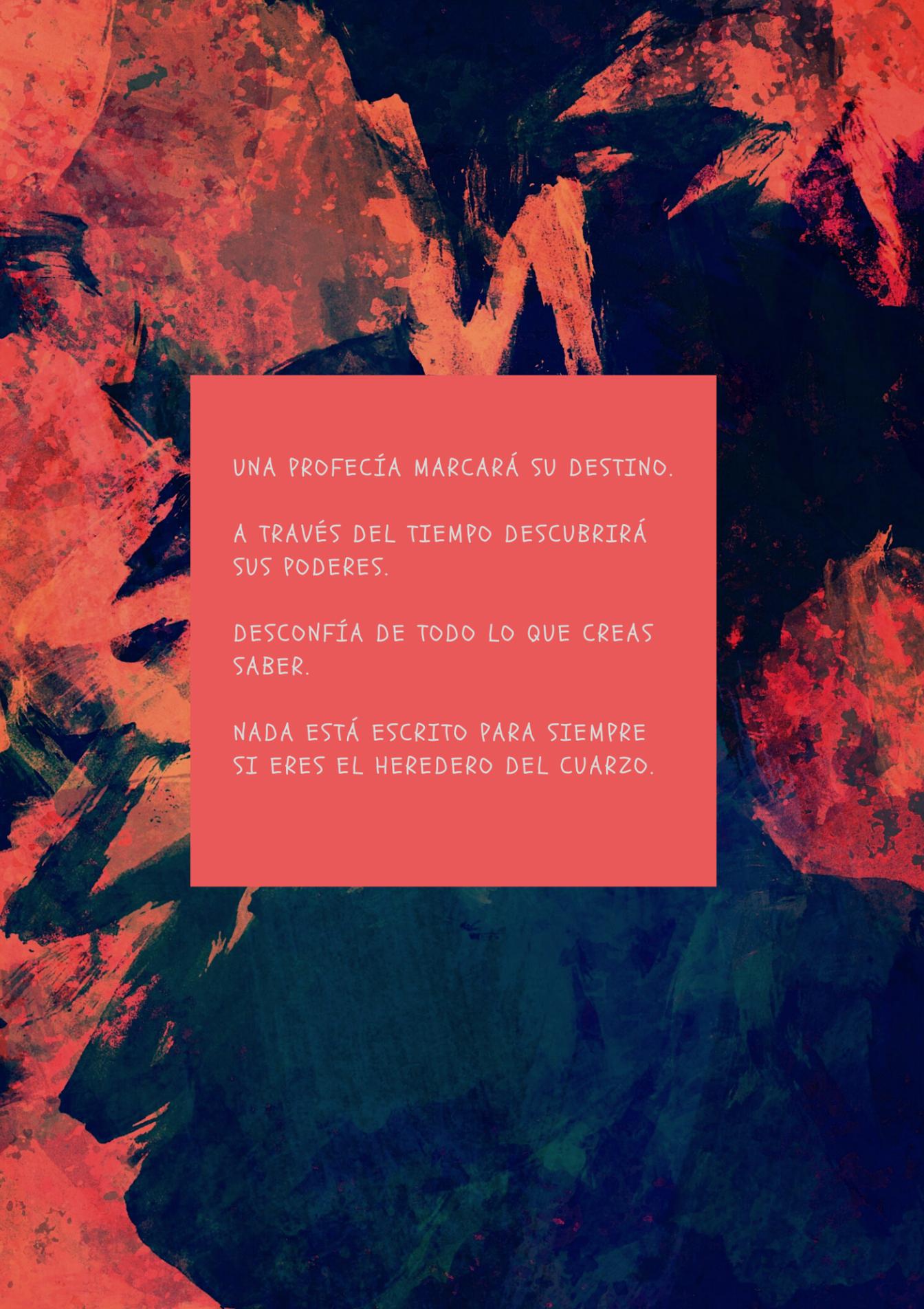
—¿Sabes tú quién es mi padre, tío? —le preguntó Ángelo de sopetón.— Mi madre nunca me lo dijo.

—Ella me pidió que esperase a que tuvieras la edad de dieciséis años para afrontarlo, pero creo que estás listo. Ya eres un mineral fuerte y sabio... —Otra vez llamaron a la puerta. Un chico con chándal blanco y unos botines azules y dorados asomó la cabeza. Tenía un gran parecido con Ángelo.

—Hola, soy Ixión —dijo.— ¿Te acuerdas de mí?

—¡¡El tercer diamante!! —exclamó Titanio sin dar crédito al reconocer la voz.

Continuará...



UNA PROFECÍA MARCARÁ SU DESTINO.

A TRAVÉS DEL TIEMPO DESCUBRIRÁ
SUS PODERES.

DESCONFÍA DE TODO LO QUE CREAS
SABER.

NADA ESTÁ ESCRITO PARA SIEMPRE
SI ERES EL HEREDERO DEL CUARZO.